6226

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LIBERTAD EN LA CADENA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARCO

SEGUNDA EDICIÓN

PRECIO: DOS PESETAS

PUNTOS DE VENTA

Administración: calle de las Pozas, núm. 2, segundo.

Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

MADRID

19

LIBERTAD EN LA CADENA

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/libertadenlacade3301marc

LIBERTAD

EN LA CADENA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARCO

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el *Teatro del Príncipe*, de Madrid, la noche del 13 de Junio de 1857, á beneficio del primer actor

DON MANUEL OSSORIO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS
Barranco de Embajadores, 13
1884

PERSONAJES	ACTORES
JULIA.....	Srta. D.ª Cándida Dardalla.
D.ª ANGUSTIAS.....	Sra. D.ª Concepción Sampelayo.
MATILDE.....	Srta. D.ª Emilia Orgaz.
ERNESTO.....	D. Manuel Ossorio.
D. CÁNDIDO.....	» José Orgaz.
CARLOS.....	» Antonio Zamora.
PEDRO.....	» Emilio Mario.

La acción se supone en Madrid, año 185...

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática titulada *El Teatro*, de los señores hijos de Gullón, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada en casa de don Cándido, con puerta al fondo.—Puertas laterales en segundo término.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANGUSTIAS, ERNESTO, JULIA, MATILDE, DON CÁNDIDO.

(Al levantarse el telón aparece don Cándido á la derecha sentado en una butaca y leyendo un diario. A la izquierda Ernesto, doña Angustias, Julia y Matilde: el primero leyendo, las segundas entretenidas en sus labores. Al lado de la de Matilde habrá una silla.)

ANGUST. Vaya unos versos bonitos!
JULIA. Y qué expresivos!
MATILDE. Sin duda.
ANGUST. Luégo sabe usted leer
con tanta gracia y soltura!
(Le lavaremos la cara.)
ERNESTO. Usted, señora, me adula. flatter
ANGUST. No, señor, qué disparate!...
ERNESTO. Favor de usted, doña Angustias;
y usted, qué dice, don Cándido?
CÁNDIDO. Qué he de decir?... Que me gustan.
JULIA. Pero que siga leyendo.
ERNESTO. Después...
JULIA. Ahora ha de ser.
ERNESTO. Julia...

670213

MATILDE. Sea usted más complaciente.
ERNESTO. (Por vida de la lectura!)
JULIA. Que nos lea más, mamá;
dígaselo usted.
ERNESTO. (¡Es mucha
cruz!)
ANGUST. Otra página al menos:
acceda usted á mis súplicas.
ERNESTO. Mas, señora, si es tan tarde...
JULIA. Nada, no admito disculpas.
MATILDE. (Y Carlitos que no viene!...
Le voy á dar una tunda!...)
ERNESTO. Si son las seis menos cuarto!...
JULIA. Y te está esperando alguna...
ERNESTO. Quien me espera es la comida.
JULIA. Es temprano.
ERNESTO. Pero...
JULIA. Nunca
comes antes de las seis...
ERNESTO. (Tanta sujeción me abruma.)
JULIA. Y harás que con fundamento
sospeche de tu conducta.
ERNESTO. (Esto más!)
ANGUST. Transija usted.
ERNESTO. Pero si yo, doña Angustias...
MATILDE. Consiente usted, no es verdad?...
ANGUST. Con eso ya no hay disputas.
ERNESTO. (Si no la quisiera tanto,
presentaba mi renuncia.)
ANGUST. Vamos, abra usted el libro;
las exigencias de Julia
no prueban más que lo mucho
que aprecia á usted.
ERNESTO. (Pues me gusta!)
Diga usted que es un capricho...
JULIA. De caprichosa me acusas,
cuando yo?...
ERNESTO. Si me quisieras,
ir me dejaras en busca...
JULIA. De la comida, es verdad?
Como estarás en ayunas!
ERNESTO. Está usted viendo, señora!
ANGUST. Vamos, ustedes se ofuscan...
no hay motivo para tanto.
ERNESTO. Pues qué, he de escuchar sus pullas
como quien oye llover?
ANGUST. Conviene transijas. (Aparte á Julia.)

JULIA. (Nunca.)
ANGUST. La cosa se va enredando...
luégo atente á las resultas.
MATILDE. No te rebajes... que lea. (Aparte á Julia.)
JULIA. Eso pienso.
MATILDE. Dura, dura!
Verás cuando venga Carlos
cómo de mí no se burla;
hazte de miel para que...
ANGUST. Ernesto, ponga usted una
señal aquí, y otro día
continuará la lectura.
ERNESTO. No, señora; no me voy:
quiero complacer á Julia.
JULIA. De veras?
ANGUST. (Más vale así.)
ERNESTO. «Amor con amor se cura.» (Leyendo.)
JULIA. Mucho me gusta ese título,
y si despacio lo estudias...
ERNESTO. Dejemos las digresiones.
ANGUST. Es lo mejor.
JULIA. Mas...
ERNESTO. Escucha.

ESCENA II

Dichos.—CARLOS

CARLOS. Señoras...
MATILDE. (Cárlos!)
ERNESTO. (Dejando el libro.) (Qué miro!)
CARLOS. Don Cándido... sentiré
si vine á estorbar...
ANGUST. Usté
no estorba nunca.
ERNESTO. (Respiro.)
MATILDE. Pues si verle es maravilla.
CARLOS. Más que ustedes yo lamento...
ANGUST. Pero tome usted asiento.
CARLOS. Con mucho gusto.
MATILDE. Aquí hay silla.
(Ofreciéndole la que está á su lado.)
CARLOS. (Tendremos reconvenciones.) (Sentándose.)

MATILDE. Anda usted entretenido! (A Carlos.)
CARLOS. Perdóname... no he podido... (A Matilde.)
MATILDE. Siempre te sobran razones,
y habiendo tanto tardado,
más que falta de poder,
es, Carlos, darme á entender
que te aburres á mi lado.
CARLOS. No alimentes tal locura.
MATILDE. A las pruebas me remito.
ERNESTO. No leo más, lo repito.
(Dejando el libro que le ha dado Julia.)
JULIA. Continúas la lectura?
ERNESTO. (Hay para volverse loco!)
JULIA. Carlitos!
CARLOS. Mándeme usté!
JULIA. Nos permitirá usted que
Ernesto nos lea un poco?
CARLOS. Sí, señora.
ERNESTO. (Sí? He de ahogarte!)
CARLOS. Sigue leyendo, querido.
ERNESTO. No; pero si ya he concluído.
JULIA. Pues aquí; en cualquiera parte.
«Epigramas...» (Leyendo.)
CARLOS. Son poesías?...
Recuerdo de buena gana...
traeré á ustedes mañana
un ejemplar de las mías.
ANGUST. Hoy la crítica he leído
que ha publicado *El Clamor*...
CARLOS. Sí? Pues ningún redactor
en él tengo conocido.
ERNESTO. (Que se lo cuente á su tía.)
CARLOS. Y qué dice? Habla bien de ellas?
ANGUST. Las coloca en las estrellas.
CARLOS. Mucho me extraña á fe mía...
yo no sé cómo me ha absuelto
El Clamor... Vamos, es raro!...
ERNESTO. (Pues yo lo veo muy claro...
él mismo se ha escrito el suelto.)
MATILDE. Tendrá razón *El Clamor*,
á pesar que usted...
CARLOS. No hay tal.
Al hablar de ellas tan mal,
me hago aún mucho favor!
Publicarlas resolví
por complacer á un amigo...
como lo siento lo digo.

(Van dedicadas á ti.) (Aparte á Matilde.)
MATILDE. (Me lo daba el corazón!)
Oh! Carlos es un portento!
Y no le falta talento,
ni ingenio ni inspiración.
ANGUST. Así lo creo.
MATILDE. Además...
CARLOS. No tengo yo tal ventura;
un poco de travesura,
pase; pero nada más.
ANGUST. No se le olvide á usted, pues,
su promesa.
CARLOS. Por supuesto.
JULIA. Tráigalas usted, y Ernesto
nos las leerá después.
ERNESTO. Bien; pasemos á otro asunto.
Julia, me voy á comer.
JULIA. Qué empeño!
ERNESTO. Pero, mujer, (Levantándose.)
si son ya las seis en punto.
(Enseñándole el reloj.)
JULIA. Lo quieres...
ERNESTO. (Gracias á Dios!)
CARLOS. Te marchas? (A Ernesto.)
ERNESTO. Más estorbar
no quiero, ni incomodar...
CARLOS. No, nos iremos los dos. (Levantándose.)
MATILDE. Tan pronto!...
CARLOS. Sí; me precisa...
ANGUST. Pero quédese usté un rato.
CARLOS. Ay! señora, un literato
ha de andar siempre de prisa.
Y el que quiera valer algo,
ó ya darse á conocer,
más que ingenio, há menester
saber correr como un galgo.
Aprovechar los instantes,
siempre de aquí para allá...
pues hoy la gloria no va
á coronarle como antes.
Es sensible, mas no es cuento;
aunque el Parnaso lo mande,
un literato... que no ande,
es un hombre sin talento.
Por eso afirman después
que el talento, y no es simpleza,
no reside en la cabeza...

ERNESTO. No?... Pues en dónde?
CARLOS. En los pies.
Ayer mismo he presentado
una comedia que he escrito...
ANGUST. Así me gusta!
CARLOS. Repito...
JULIA. Usted es muy aplicado...
CARLOS. Conque vamos, porque yo
no me puedo detener. (A Ernesto.)
MATILDE. Á la dama va usté á ver? (Con intención)
CARLOS. Al empresario.
MATILDE. Á que no?
CARLOS. Que á las seis come he sabido,
y que se vaya no quiero
sin que me diga primero
si mi comedia ha leído.
ANGUST. Gran satisfacción tendré...
ERNESTO. (A Julia y tomando el sombiero.)
No tardaré ni media hora.
CARLOS. Don Cándido... (Saludando.)
ERNESTO. Adiós, señora... (Íd.)
CARLOS. Estoy á los pies de usté.
JULIA. Cuidado con la venida! (A Ernesto.)
MATILDE. Mira, Carlos, que te aguardo! (A Carlos.)
JULIA. Que no tardes! (A Ernesto.)
ERNESTO. No, no tardo! (A Julia.)
MATILDE. Que vengas pronto! (A Carlos.)
CARLOS. En seguida. (A Matilde)

ESCENA III

DOÑA ANGUSTIAS, DON CÁNDIDO, *que se ha quedado dormido con el Diario en la mano.*

ANGUST. Puesto que Julia y Matilde
por dicha nos han dejado,
préstame un poco atención,
que tengo que hablarte, Cándido.
Tú ya sabes que la boda
que hace tiempo concertamos
de Julia con don Ernesto,
por la muerte de mi hermano

no llegó á verificarse.
(D. Cándido da una cabezada.)
Tampoco habrás olvidado
que ya se ha cumplido el luto;
y no existiendo otro obstáculo,
es conveniente se casen
lo más pronto los muchachos.
Lo has entendido?
(D Cándido da otra cabezada)
Muy bien;
pero así no lo arreglamos;
con sólo dar cabezadas,
nunca saldremos del paso.
Es preciso que lo actives, (Levantándose.)
y que no te estés parado.
(D. Cándido da otra cabezada.)
Mas, qué veo! Se ha dormido!
Jesús! Qué hombre! No es extraño
que se duerma... Ya se ve,
nada le pone en cuidado,
mientras yo me desespero,
me mortifico y me abraso.
Vamos, esto es insufrible!...
Cándido! Cándido!! Cándido!!!

CÁNDIDO. Ay!... Angustias! Qué sucede?
(Despertando asustado.)

ANGUST. Nada.

CÁNDIDO. Pues me has asustado.

ANGUST. Qué lástima!

CÁNDIDO. Muy tranquilo
estaba leyendo el *Diario*...

ANGUST. Lo que estabas... es... durmiendo.

CÁNDIDO. Pues mira, no lo he notado:
contra mi costumbre ha sido.

ANGUST. Ya de escucharte me canso!...
Me tienes muy disgustada!

CÁNDIDO. Yo!...

ANGUST. Muy disgustada, Cándido.

CÁNDIDO. Quieres decirme á qué vienen
tus gestos patibularios?

ANGUST. Á que ahora mismo es preciso
que todo quede arreglado.

CÁNDIDO. Pero el qué?

ANGUST. Yo no debía
para nada dar un paso;
mas, como están los papeles
en esta casa trocados!...

Como no tengo marido!

CÁNDIDO. Pues qué soy yo?...

ANGUST. Un espantajo!...

CÁNDIDO. Pero qué he de hacer? Qué pasa?

ANGUST. Hoy mismo he de ver casados
á Julia con don Ernesto,
y á Matilde con don Carlos.

CÁNDIDO. Pues cásense enhorabuena;
contigo sólo han contado
para arreglar esas bodas,
y yo... pues! ni entro ni salgo,
no quiero mezclarme en nada...

ANGUST. Pero, hombre!

CÁNDIDO. Digo bien...

ANGUST. Vamos;
ya veo que si tus hijas
no tuvieran el amparo
de una madre que las quiere,
irían al campo santo
las dos, con palma y corona,
aunque tuvieran cien años.
Pero yo no quiero hacer
la víctima más; estamos?
y una vez que te casaste
conmigo, por mis pecados,
la carga del matrimonio
es preciso compartamos.

CÁNDIDO. El colocar á las hijas,
si no estoy mal informado,
pertenece á las mamás;
y por eso yo, acatando
tus derechos, no he querido...

ANGUST. Pero...

CÁNDIDO. Soy muy delicado.

ANGUST. Por egoísmo!

CÁNDIDO. No hay tal.

ANGUST. Verdad.

CÁNDIDO. Mentira.

ANGUST. Tengamos
la fiesta en paz, y no armemos
entre los dos un escándalo.

CÁNDIDO. (Cogiendo el *Diario*.)
Por mí no habrá más disputas,
verás cuán pronto me callo.

ANGUST. Si yo no quiero que calles!

CÁNDIDO. Pero, mujer, hazte cargo
de que no es de tanta urgencia

el que se lleven á cabo
las bodas...

ANGUST. Para ti... no?
pues para mí en alto grado.

CÁNDIDO. Cómo! Angustias! Cómo es eso!...
explica un poco más claro,
que no comprendo...

ANGUST. La madre
á quien el cielo ha otorgado
la gracia de tener hijas,
ha de ser un lince!...

CÁNDIDO. Vamos,
cada vez lo entiendo menos...

ANGUST. Ay! marido! No es extraño.
La educación de los hijos
varía, querido Cándido,
según los sexos. Al hombre,
apenas tiene seis años,
se le encierra en un colegio,
sin que ofrezca más cuidados
que el de dar al director
por meses sus honorarios.
Luégo el colegio abandona,
se matricula al contado,
y por poco que se aplique,
pasados algunos años,
consigue tener un título
de médico... ó abogado;
y con él, quien era un cero,
ya en la sociedad es algo.
Si no sirve para nada,
porque es de talento escaso,
y diez años estudió,
reprobándole otros tantos,
nunca faltan relaciones
y parientes. . se dan pasos,
y en breve se tiene al hijo
hecho todo un empleado.
Si hasta para ello es inútil,
lo cual sería muy raro,
dice el padre: Anda con Dios;
ya lo que estaba en mi mano
he hecho por ti; no has querido
por tu bien aprovecharlo...
Corre, que tú pararás...
Y aquél se entrega en los brazos
del mundo, mientras el padre

exclama muy conformado:
Tal vez el mundo le enseñe,
á fuerza de desengaños,
lo que no pudo aprender
con libros ni catedráticos.

CÁNDIDO. Válgame Dios, lo que sabe!

ANGUST. La mujer, por el contrario,
por su débil condición
aspirar sólo le es dado,
por más que se aplique, á ser
la esposa de don Fulano...
y feliz la que lo alcanza
aun á fuerza de trabajo,
porque semejantes títulos
suelen andar muy escasos,
y obras de texto no existen
para poder conquistarlos.

CÁNDIDO. Y qué más obra que tú,
ni qué mejor catedrático?...

ANGUST. Mas necesito tu ayuda,
que no es justo estés holgando
mientras yo pierdo mi vida...

CÁNDIDO. Por tus hijas?... Bah! bah!

ANGUST. Cándido,
como tú los días pasas
durmiendo, leyendo el *Diario*,
y charlando en el café,
no adviertes lo que yo rabio.
Esclava de sus caprichos,
si quieren pasear un rato,
por evitar un disgusto
con ellas he de ir al Prado,
y pasear aunque me pese.
Si luégo viene don Carlos
con billetes para un baile
de Sociedad, pretextando
que sólo le mueve el gusto
de que me distraiga... Cándido,
á pesar de que conozco
que es una farsa, un engaño,
y que sólo en su egoísmo
al convidarme ha pensado,
me he de poner sin chistar
llena de cintas y lazos,
y admitir, llevar las chicas,
y... cruzarme allí de brazos.
Si don Ernesto se empeña

en llevárselas al teatro,
á pesar de que me aburren
las comedias y los cantos,
tengo que tragar una ópera,
ó un drama de siete cuadros.
Y, al revés: si quiero yo
salir á paseo un rato,
porque ellos están aquí,
he de estar acompañándolos.
Y todo... por evitar,
por no perder lo ganado.
Así pues, de todo punto
es indispensable, Cándido,
que tomes tú una medida.
En mi concepto, casarlos
es lo mejor.

CÁNDIDO. Es decir,
que sólo por tu descanso...

ANGUST. Quién ha dicho!... Por su bien
únicamente me afano.

CÁNDIDO. Tus miras son muy laudables.

ANGUST. Y mirándolo despacio,
al mismo tiempo de un tiro
podemos matar dos pájaros,
pues los hacemos felices...

CÁNDIDO. Y tú te evitas cuidados
y contemplaciones, que...

ANGUST. No me vengas con sarcasmos,
porque entonces...

CÁNDIDO. No seas tonta;
de buena fe estoy hablando.

ANGUST. Pues vé á tratar en seguida
del asunto con don Carlos
y con don Ernesto.

CÁNDIDO. Yo!

ANGUST. Les dices qne aquí no estamos
para perder tiempo.

CÁNDIDO. Pero...

ANGUST. Y que, por tanto, has pensado
que se decidan al punto,
ó que dejen libre el campo.

CÁNDIDO. Pero, mujer, considera
que no sirvo para el caso.
Mira, ya se casarán
cuando quieran; y entretanto,
si alguna noche no puedes
acompañarlas al teatro,

iré yo... y también al baile...
á los comercios... al Prado...
y á la Fuente Castellana...
y hasta á ver los monos sabios.
No te parece bastante?
Qué más quieres de tu Cándido?

ANGUST. Quiero... que sea más hombre.

CÁNDIDO. Que sea más hombre!

ANGUST. Claro.

CÁNDIDO. Es posible que tú digas!...
Eso sí que es un sarcasmo.

ANGUST. Pero si por no escucharte
alguna vez he callado!...

CÁNDIDO. Angustias, por eso mismo
casi todas yo me callo.

ANGUST. Mas hoy no transijo, no;
has de hacer lo que te mando,
ó te has de acordar de mí.

CÁNDIDO. Jesucristo! Qué pecado
habré cometido yo!

ANGUST. En presencia de don Carlos
te he de poner en ridículo!

CÁNDIDO. Cielos! Y él que es literato!
Será capaz de escribir,
si se le antoja al muy trasto,
algún sainete, en que yo
haga de primer payaso.

ANGUST. Yo, por mi parte, he de hacer
que ponga un suelto en el *Diario*.

CÁNDIDO. Cállate, mujer atroz;
calla, por todos los santos!
Lo que tú quieras haré...
mas también es demasiado
que yo sólo hable...

ANGUST. Corriente:
yo á lo que es justo me allano.

CÁNDIDO. Como hay tan pocos ejemplos!...

ANGUST. Tú te encargas de don Carlos.

CÁNDIDO. Del poeta! Ave María!

ANGUST. En tu palabra descanso.

CÁNDIDO. Fía en mí; pero permite
que me vaya al café un rato;
porque, en verdad, necesito
distraerme... y hablar algo
que no huela á matrimonio,
porque me tiene más harto!!
(Poniéndose el sombrero.)

ANGUST. Si le encuentras en la calle...
CÁNDIDO. Á quién, mujer?...
ANGUST. Á don Carlos;
dile que...
CÁNDIDO. (No se le olvida!...
Si le encuentro, al verle, escapo.)
Hasta después.
ANGUST. Hasta luégo.
CÁNDIDO. (Juro, á fe de hombre casado,
casarme segunda vez,
si enviudo... y de esta bien salgo.)
(Don Cándido vase por el fondo; doña Angustias por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

JULIA

JULIA. Todavía no ha venido!
Pues ya debe haber comido!
Ay! Desgraciada de mí!
Si novio se porta así,
qué es lo que hará de marido?
Oh! Como soy demasiado
dócil y condescendiente,
nada le pone en cuidado;
debía Ernesto haber dado
con otra más exigente.
Luégo vendrá pretextando
mil negocios de importancia,
y se habrá estado fumando
en el café... ó bien charlando,
perdiendo el tiempo, en sustancia.
Pero no más! Si hasta aquí,
con él, buena, tolerante,
y hasta descuidada fuí,
le juro que en adelante
no ha de burlarse de mí!
(Coge el bastidor, y se pone á bordar á la izquierda.)

ESCENA V

JULIA, ERNESTO

ERNESTO. Qué calles! Vengo molido!
(Saliendo sofocado, y dejando el sombrero.)
Hola! Se borda? Me agrada...
(Viendo á Julia, y examinando el bordado.)
Es bonito ese dibujo...
Esta flor tiene una gracia!
(Julia, sin dejar de bordar, se vuelve de espaldas con mal humor.)
Pero, Julia... pues me gusta!
Por qué me vuelves la espalda?
Estás de monos?... Responde.
Por qué tus ojos apartas
de los míos? Es tal vez
porque me fuí temprano? Habla.
Te traigo un pilón de azúcar.
(Veremos si así se ablanda.)
(Le da un pilón de azúcar, y Julia lo rehusa.)
Toma... Cómo! Lo desprecias!
Pues, señor, tengamos calma.
Esperaré un poco, á ver
si la tormenta se pasa.
(Pausa. Julia, viendo el silencio de Ernesto, le dirige algunas miradas amenazadoras.)
Hola! Ya relampaguea!
(Julia tira el bastidor con ira.)
Ahora truena! Santa Bárbara!
(Santiguándose).

JULIA. Te parece regular (Sin levantarse.)
que te estés con esa calma,
en vez de pedirme, Ernesto,
perdón, sumiso á mis plantas?

ERNESTO. Perdón!

JULIA. Esto es insufrible!...
Inaguantable!!!

ERNESTO. Ya escampa!
Hice bien en cobijarme
en esta muelle butaca.

JULIA. Vamos, hable usted.

ERNESTO. No, Julia,

te cedo á ti la palabra.

JULIA. Cuando estoy de mal humor,
las bromas no me hacen gracia.

ERNESTO. Tú lo estás siempre.

JULIA. Y por quién?

ERNESTO. Tú lo dirás.

JULIA. Por tu causa.

ERNESTO. Mira, hablemos de otra cosa.

JULIA. Sí, las verdades amargan.

ERNESTO. Pero qué te he hecho, mujer,
para que estés disgustada?
En todo no te complazco?
No estudio, di, tus miradas?
No adivino tus deseos,
y al punto los pongo en planta?
Cualquier cosa que me ordenas
no la ves ejecutada?
No he dejado á mis amigos?
No soy, en una palabra,
en vez de amante, un esclavo
que tu voluntad acata?
Mas tú, Julia, has conocido
que te adoro con el alma;
que no te puedo olvidar;
y, en mi cariño fiada,
te burlas de mi dolor,
me atormentas y me matas!

JULIA. Pobrecillo! Quien te oyese
quizá te tendría lástima.

ERNESTO. Y qué, no soy digno de ella?

JULIA. Vamos, hombre, no faltaba
sino que yo ahora perdón
te pidiera arrodillada.
De obedecerme sumiso
y de agradarme te jactas,
y no hay cosa que te encargue
que no hagas de mala gana.

ERNESTO. Esto más!

JULIA. En cuanto digo
siempre llevas la contraria.

ERNESTO. Cítame un caso al instante.

JULIA. Hay mil.

ERNESTO. Uno solo; vaya.

JULIA. Cuando te fuiste á comer,
di, no me diste palabra
de volver muy pronto?

ERNESTO. Y qué?

Te quejas de mi tardanza,
cuando apenas tuve tiempo
de llegar, Julia, á mi casa?
No te olvides de que vivo
en la calle de la Palma.

JULIA. Y qué culpa tengo yo
de que te dé la humorada
de vivir... en Chamberí?

ERNESTO. Bien... me mudaré mañana.

JULIA. Y por qué has ido al café?

ERNESTO. Si no he estado!

JULIA. No me engañas;
y el pilón que antes me diste?

ERNESTO. Si lo tengo há seis semanas!...
Desde cuando fuí contigo
y con mamá y con tu hermana.
Vamos, no nos enfademos
y corrígete esa falta,
que tus encantos marchita
y que oscurece tus gracias.

JULIA. Falta yo!

ERNESTO. Sí; tienes una.

JULIA. El ser demasiado cándida.

ERNESTO. El ser un poco exigente.

JULIA. No hago yo cuanto me mandas?
Pues también tengo derecho
para que tú me complazcas.

ERNESTO. Sí, mas cuando son caprichos...

JULIA. Caprichos! Miren quién habla!
Como si tú, en este punto,
te quedaras á la zaga.

ERNESTO. Yo!

JULIA. Tú, sí! No me dijiste
un día que me sentaba
mal el vestido de ramos?
Y me le he puesto más?

ERNESTO. Calla!

JULIA. No has armado un caramillo
sólo porque una mañana
fuí con Matilde y mamá
á misa de tropa?

ERNESTO. Cáscaras!

JULIA. No tienes por mi peinado
cincuenta quimeras diarias?
El día que se te antoja
que por la tarde no salga,
no renuncio á mi paseo

y por ti me quedo en casa?
Y, por el contrario, el día
que estoy un poco cansada,
no me obligas á ir al Prado
y á la Fuente Castellana?

ERNESTO. Pero, Julia, considera...

JULIA. Yo no considero nada.
Ya sabes que para mí
son preceptos tus palabras.

ERNESTO. Para mí lo son también...
Consuélate, pues.

JULIA. Ya basta.
Si mi amor, mis exigencias
y mis caprichos te cansan,
haz tu santa voluntad,
que por mí será acatada.

ERNESTO. (Esto es mil veces peor!...)
Pero si aquí no se trata...

JULIA. Tu resolución aguardo.

ERNESTO. Pero mira...

JULIA. Nada, nada.

ERNESTO. Mas, Julia...

JULIA. No digo más.

ERNESTO. Pero atiende!

JULIA. Soy tu esclava.

ESCENA VI

ERNESTO

Me gusta! Voto al demonio!
Quien nos oiga pensará
que al menos llevamos ya
ocho años de matrimonio.
Y por qué tanta querella
y tanto disgusto? Á ver...
por nada... sólo por ser
demasiado exigente ella.
Por lo demás, me prefiere;
pues sus mismas exigencias
no son más que consecuencias
de lo mucho que me quiere.
Pero tanta sujeción

me es imposible aguantar...
Nada: es preciso tomar
alguna resolución. (Pausa.)
Pero ya salí del paso!...
Oh! Qué feliz pensamiento!
Magnífico!... El casamiento...
Justo; pues, señor, me caso!
La medicina no es buena,
se dirá, así... sin juzgar;
porque, quién pretende hallar
libertad en la cadena?
Pero, pensando un instante,
se encontrará que, en conciencia,
tiene más independencia
el marido que el amante.
Y esto es claro y muy sabido;
porque los amantes son
esclavos de una pasión
que ya no teme el marido.
Existe amor, pero pasa
la pasión con el estado;
el cariño del casado
es un cariño... de casa.
Vamos, estoy decidido:
si esclavo soy, de soltero,
voy á ver si recupero
la libertad, de marido.
No digo que el primer día
conseguiré... no, no tal;
mas á los quince, cabal,
la victoria será mía.

ESCENA VII

Dicho.—Doña Angustias

Angust. Ernesto! Cómo tan pronto!
Ernesto. (La mamá!... Buena ocasión!)
Angust. (Voy á ver si le decido.)
Ha comido usté al vapor!
Ernesto. Pues, sin embargo, no todos
son de su misma opinión.
Angust. Julia tal vez...

ERNESTO. Justamente.
ANGUST. No extrañe usted eso.
ERNESTO. No.
ANGUST. Pero, por qué no se sienta?
Hágame usted el favor.
ERNESTO. Sí lo haré, porque deseo
hablar con usted.
ANGUST. Estoy (Sentándose.)
á sus órdenes.
ERNESTO. Mil gracias. (Idem.)
ANGUST. Empiece usted.
ERNESTO. Pues, señor,
usted sabe que amo á Julia
con todo mi corazón.
ANGUST. Me consta, y la pobre chica
es un delirio, no amor,
lo que tiene por usted.
ERNESTO. Muy feliz en ello soy!
ANGUST. Ah! Puede usted alabarse
de que como usted no hay dos.
Ella en misa, en el paseo,
en visita, en la labor,
siempre pensando en usted!
Y... aun hay más! (Con misterio.)
ERNESTO. No és ilusión!
ANGUST. Hasta durmiendo!
ERNESTO. De veras?
ANGUST. La otra noche... acá inter nos...
No vaya usted á contárselo.
ERNESTO. Bien...
ANGUST. Apénas se acostó,
por casualidad entré
en su alcoba, y, santo Dios!
vaya un modo de soñar!
Qué voces! Qué agitación!
ERNESTO. Pero todo eso no prueba...
ANGUST. Prueba mucho, sí, señor,
porque un nombre...
ERNESTO. Quizá el mío?...
ANGUST. De sus labios se escapó.
ERNESTO. Será posible!
ANGUST. Es muy cierto.
ERNESTO. Dios mío! Qué feliz soy!
ANGUST. Y la pobre se ha quedado
desmejorada.
ERNESTO. Eso no;
que cada día, á mis ojos,

está más bella y mejor.

ANGUST. Eso es, Ernesto, porque
la mira usted con pasión.
Pero todos me lo dicen;
Julia ha perdido el color!...
Y usted, por más que lo niegue,
lo conoce como yo.

ERNESTO. Sí, señora; yo, juzgando
por mi propio corazón,
su intranquilidad comprendo,
su inquietud y su dolor.
Por tanto, tomar es justo
una determinación.
Sabe usted que hace seis meses
nuestra boda se acordó,
y que en aquel mismo día,
en que iba Julia ante Dios
á darme el nombre de esposo,
la nueva fatal llegó...

ANGUST. De la muerte de mi hermano;
lo recuerdo, sí, señor.
Y si á Julia esta desgracia
tantas lágrimas costó,
en parte, créame usted,
únicamente fué por
que la muerte de su tío
su casamiento atrasó.

ERNESTO. Mas ya se ha cumplido el luto,
y creo podemos hoy...

ANGUST. (Fingiendo sentimiento.)
Cállese usted, don Ernesto.

ERNESTO. Yo no creo que es razón
que siempre hayamos de estar
haciéndonos el amor.
Qué dice usted, doña Angustias?

ANGUST. Terrible separación! (Llorando.)

ERNESTO. No se aflija de ese modo:
usted ya sabe que yo
la quiero entrañablemente...

ANGUST. Ciertamente, y eso mucho
ha de aliviar mi aflicción;
pero, sin embargo, y no es
hacer á usté un disfavor,
los cuidados de una madre
no tienen comparación.
Ay! Conmigo, qué la falta?

ERNESTO. Qué la falta! Por favor,

contésteme usted, señora:
y usted, por qué se casó?
No quería usté á su madre?

ANGUST. Tiene usted mucha razón.

ERNESTO. Pues una vez que mi boda
la aprobación mereció
de don Cándido y de usted,
á la parroquia me voy... (Levantándose.)

ANGUST. Pero tan pronto! Hija mía!

ERNESTO. Si ha de ser, pronto!

ANGUST. Oh, dolor!
Ay!

ERNESTO. Tranquilícese usted.

ANGUST. Don Ernesto!

ERNESTO. Mas, por Dios!...

ANGUST. Llevarme á mi hija, es llevarme
un ala del corazón.

ERNESTO. Pues no me caso; no iré...

ANGUST. No, don Ernesto, eso no.
Usté interpreta de un modo...
Vaya usted sin dilación,
vaya usted á la parroquia.

ERNESTO. Sí, señora; es lo mejor.

ANGUST. (No conviene sentir más.)

ERNESTO. En cinco minutos voy...

ESCENA VIII

Dichos.—DON CÁNDIDO, CARLOS

CÁNDIDO. Don Ernesto! (Tropezando con él.)

ERNESTO. Hola! Don Cándido!

CÁNDIDO. Se marcha usted?

ERNESTO. Sí, señor...
Doña Angustias dirá á usted...

ANGUST. Sí, ya le enteraré yo.

CÁNDIDO. Corriente.

CARLOS. Pero oye, chico...

ERNESTO. Voy de prisa, adiós.

CARLOS. Adiós.

EXCENA IX

Dichos, menos Ernesto

Carlos. Cómo corre!... (Qué será esto!)
Cándido. Vamos, dinos lo que pasa.
Angust. Que don Ernesto se casa.
Carlos. Qué oigo!... Que se casa Ernesto!
Cándido. Pues que se case en buen hora.
Angust. Yo mi encargo ya he cumplido;
veremos si mi marido (A don Cándido.)
cumple con el suyo ahora.

ESCENA X

Don Cándido, Carlos

Cándido. (Vif! Que ya no me acordaba!...
Cómo saldré de este paso?...)
Siéntese usted.
Carlos. Sí, lo haré,
(Sentándose á un extremo separado de D. Cándido.)
que estoy á fe muy cansado.
Cándido. Acérquese usted acá...
Vamos, quiere usté un cigarro?
(Voy á ver si le seduzco.)
Carlos. Si yo no fumo, don Cándido.
Cándido. Es verdad!... (Por vida de!...)
Desea usted tomar algo?
Carlos. Mil gracias.
Cándido. Una copita...
Carlos. No acostumbro...
Cándido. (Voto al chápiro!)
Conque me decía usted
que ha leído el empresario
su comedia?
Carlos. No, señor,
solamente el primer acto.

CÁNDIDO. Y qué dice?
CARLOS. Que es magnífico!
CÁNDIDO. Me alegro!
CARLOS. Está entusiasmado!
Eso ya me lo esperaba,
porque tiene buenos rasgos
y situaciones, que son
de mucho efecto en el teatro.
Pero sobre todo hay una...
Figúrese usted, don Cándido,
que hay un padre testarudo
á quien le piden la mano
de su hija...
CÁNDIDO. (Con asombro.) Sí?... Se la piden?...
CARLOS. Sí, señor.
CÁNDIDO. (Pues es extraño!
Parece mentiraque haya
padres tan afortunados!)
Conque hay boda, según eso?
CARLOS. Sí tal; en el primer acto
caso al galán y á la dama
apénas se ha levantado
el telón.
CÁNDIDO. Hombre! Qué idea!
Á propósito, don Cárlos,
por qué no se casa usted?
CARLOS. No sea usted temerario;
soy muy joven todavía...
CÁNDIDO. Quién de la edad hace caso?
CARLOS. Tengo muy poca experiencia...
CÁNDIDO. Eso no importa... al contrario;
si hubiera tenido alguna,
ni yo me hubiera casado.
CARLOS. Pues volviendo á mi comedia...
CÁNDIDO. Pero antes, en qué quedamos?
CARLOS. Sobre qué?
CÁNDIDO. Sobre el asunto.
CARLOS. Si no me habla usted más claro...
CÁNDIDO. Sobre mi proposición.
Me consta, sí; tengo datos
de que usted quiere á Matilde...
CARLOS. Si la quiero?... La idolatro!
Pero lo que es en el día,
con formalidad, don Cándido,
me es imposible casarme
porque... estoy muy ocupado.
Tengo que ver al galán,

á la dama, al empresario;
tengo que asistir á cátedra;
en fin, vamos, no me caso
hasta que consiga al menos
el título de abogado.
(Cosa que veo difícil,
pues ya he perdido seis años.)

CÁNDIDO. No hablemos más del negocio.

CARLOS. Pues volviendo al primer acto
de mi...

CÁNDIDO. (Cielos! Mi mujer!
No sé por qué estoy temblando!)

ESCENA XI

Dichos.—DOÑA ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE

JULIA. Estoy loca de alegría.

ANGUST. Y yo lloro de placer,
pues mis penas calma el ver
que eres feliz, hija mía.

CARLOS. Ya sé que se casa usted, (A Julia.)
y le doy la enhorabuena.

CÁNDIDO. (Viendo que se le aproxima su mujer.)
(Dios me la depare buena!)

JULIA. Mil gracias por la merced.

ANGUST. Hablaste á Carlos? (A don Cándido.)

CÁNDIDO. (A doña Angustias.) Le he hablado.

ANGUST. Y qué ha contestado? Accede? (Idem.)

CÁNDIDO. Que por ahora no puede, (Idem.)
porque... está muy ocupado.

JULIA. De veras? (A Carlos.)

CARLOS. (A Julia.) No es falso, no;
lo digo como lo siento:
la envidio en este momento.

MATILDE. (Mucho más la envidio yo!)

ANGUST. Como un héroe te has portado...
(A Cándido.)

CÁNDIDO. Si yo no sirvo para esto! (A Angustias.)

ANGUST. Uy! Qué hombre!

JULIA. (Corriendo al foro.) Aquí está Ernesto!

ERNESTO. Ya todo queda arreglado.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos.—ERNESTO

CARLOS. (Al cabo todos la yerran...
Oh, debilidad humana!)
CÁNDIDO. Cuándo es la boda?
ERNESTO. Mañana.
CARLOS. (A Ernesto, que se le habrá acercado.)
Sí? Pues pasado te entierran.
ERNESTO. Anda y que el diablo te lleve. (A Cárlos.)
(Se dirige Ernesto á Julia, con la que habla.)
ANGUST. (Por fin, ya salimos de una!)
MATILDE. (Mirando á Julia con envidia.)
(Se casa! Cuánta fortuna!)
CARLOS. (Mirando á Ernesto con compasión)
(Séale la tierra leve!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Sala elegante en casa de Ernesto.—Puerta al fondo.—Puertas laterales en primer término, y otra en segundo á la derecha.—A la izquierda, también en segundo, un balcón.—En último término, junto á la puerta del fondo, un espejo de vestir.

ESCENA PRIMERA

CARLOS Y PEDRO

CARLOS. (Al criado desde el fondo.)
Pásele usted el recado;
mas diga que soy de casa,
y que sentiré muchísimo
se moleste por mi causa.
(Entra Pedro en la puerta de la izquierda, sale á poco, y vase por el fondo.)
Pobre Ernesto! Quince días
(Bajando al proscenio.)
que se casó hará mañana,
y aún no he podido á solas
hablar con él dos palabras.
Siempre colgado del brazo
de su mujer... Uf! Qué carga!
Y todavía don Cándido,
apenas me encuentra, exclama:
«Por qué no se casa usted?...»
Esto sólo me faltaba!...
Casarme yo! Qué locura!...

Para perder con la calma
la libertad de soltero...
esa joya tan preciada,
cuyo valor nadie sabe
hasta el día en que le falta!
Si otra vez el buen don Cándido
viene con esa embajada,
le juro que en adelante
no vuelvo más á su casa.
Pero aquí se acerca Ernesto...
Qué tal, eh? Vaya una cara!

ESCENA II

ERNESTO Y CARLOS

ERNESTO. Hola! Carlos! Cómo estás?
CARLOS. Chico, muy bien, y, á Dios gracias,
la rara ocasión aplaudo
que la suerte me depara
de que podamos hablar
un momento á nuestras anchas.
ERNESTO. Rara!
CARLOS. Y mucho! Por ventura,
tu mujer te deja?
ERNESTO. (Con miedo.) Calla!
CARLOS. Hay moros? (Observando.)
ERNESTO. Se está vistiendo
en esa pieza inmediata.
(Señalando la puerta de la derecha.)
CARLOS. Bien; pues, señor, hazte cuenta
que no he dicho una palabra.
ERNESTO. Ven hacia aquí.
(Llevándole hacia la izquierda.)
CARLOS. Te comprendo.
ERNESTO. Siéntate en esa butaca.
Verás qué cómodo estás.
CARLOS. Sí, concibo las ventajas. (Con intención.)
Estamos aquí más... pues! (Se sientan.)
ERNESTO. (Después de una pausa.)
Conque, di, cuándo te casas?
CARLOS. Tan pronto como me vuelva
loco.

ERNESTO. Déjate de chanzas.
CARLOS. Pues me gusta la salida!...
Tú eres quien ha de dejarlas,
que yo te hablo muy formal.
ERNESTO. Mas, Carlos, advierte...
CARLOS. Nada.
Para casarse, es preciso
estar loco.
ERNESTO. Vaya! Vaya!
Conque es decir que yo?...
CARLOS. Tú
lo estás de remate.
ERNESTO. Gracias!
CARLOS. Renunciar la libertad!...
Vamos, chico, calla, calla!
ERNESTO. Pues estás en un error.
CARLOS. Yo!
ERNESTO. No sabes lo que te hablas.
CARLOS. Pobre Ernesto!
ERNESTO. Me he casado
por vivir más á mis anchas.
CARLOS. Ja! ja! ja! ja!
ERNESTO. No te rías.
CARLOS. Explícame esa charada,
ese logogrifo horrible.
ERNESTO. No hay logogrifo que valga.
CARLOS. Pues, chico, yo no comprendo...
ERNESTO. Culpa sólo á tu ignorancia.
Tú no conoces el mundo:
escúchame.
CARLOS. Vamos, habla.
ERNESTO. Tú ya sabes que hace tiempo
amo á Julia con el alma.
CARLOS. Eso está muy en el orden,
porque es Julia una muchacha
cuya divina hermosura
á aquel que la mira encanta.
ERNESTO. Pero tiene, sin embargo,
y en verdad no me hace gracia,
un genio tan... me comprendes?
Es ella tan... tan...
CARLOS. Acaba.
Tan exigente.
ERNESTO. Cabal;
pero rara vez se enfada...
No vayas á pensar ahora...
No diré que es una malva...

CARLOS. Mas sí que tiene contigo
cincuenta quimeras diarias.
ERNESTO. Exageras.
CARLOS. Bueno; al caso.
ERNESTO. Pues el caso, hablando en plata,
es que, siendo yo su amante,
porque no me desdeñara,
tenía que sucumbir
á sus mil extravagancias;
pero, siendo su marido...
Comprendes la diplomacia?
CARLOS. Chico, lo que yo comprendo
es que, pensando ir por lana,
vas á volver...
ERNESTO. Disparate!
Es cuestión muy meditada.
Los amantes... obedecen;
pero los maridos mandan.
Además, con el estado,
á la pasión que nos ata,
que nos subyuga y domina,
á aquella pasión reemplaza
el verdadero cariño...
Se mira todo con calma;
pues el novio... nada tiene;
al casado... nada falta.
CARLOS. Pues, señor, yo opino que
lo que de decirme acabas,
será muy bueno en teoría,
pero lo que es en la práctica...
ERNESTO. Al contrario.
CARLOS. Bien: no insisto.
ERNESTO. Ya verás.
CARLOS. Y cuándo alcanzas
tu libertad por completo?
ERNESTO. Hoy; lo más tarde, mañana.
CARLOS. Es decir, que ya podrás,
cuando te diere la gana,
salir y entrar...
ERNESTO. Y también
tener amigos!
CARLOS. Nequáquam!
ERNESTO. Por qué has de ser tan incrédulo?
CARLOS. Si antes Julia se enfadaba,
y nunca te consentía
que con un amigo hablaras!
ERNESTO. Porque antes temía que

de su lado me apartaran,
y con sus necios consejos
me hicieran pronto olvidarla.
Pero ahora es muy diferente.
Ahora exclamará con calma:
«Vaya bendito de Dios!
Él ha de volver á casa.»

CARLOS. Cuánto va á que no te vienes
á almorzar esta mañana
conmigo?

ERNESTO. Lo que tú quieras.

CARLOS. Mira, piénsalo bien.

ERNESTO. Anda.
(Levantándose y poniéndose el sombrero.)

CARLOS. Mi proposición aceptas?

ERNESTO. Cómo se entiende! Aceptada.

CARLOS. Pues yo pagaré el almuerzo.

ERNESTO. Corriente... Ya estoy en marcha.

ESCENA III

Dichos.—JULIA

JULIA. Vas á salir? (Con sombrero para salir.)

ERNESTO. (Asustado.) Mi mujer!

CARLOS. Señora... Vamos, qué aguardas?
(A Ernesto la última frase.)

ERNESTO. Cállate! (A Carlos.)

CARLOS. Ja! ja! No vienes?

ERNESTO. Demonio! A ver si te callas!

JULIA. Pero adónde vas? Sepamos!

ERNESTO. No, Julia; si no pensaba...

JULIA. Y tienes puesto el sombrero?

ERNESTO. Te diré... es que...
(Quitándoselo repentinamente.)

JULIA. No me engañas.

CARLOS. (A Ernesto con sonrisa burlona.)
No te perdono el almuerzo.

ERNESTO. (Esta es otra que bien baila.)

CARLOS. A los pies de usted, señora.
Desearé que...

JULIA. (Resentida.) Muchas gracias.

CARLOS. (Si pudiera presenciar

la escena que se prepara!...)
Adiós, Ernesto; valor!

ERNESTO. Hombre, vete enhoramala. (Aburrido.

CARLOS. (Ocultándose detrás del espejo.)
(Oh! Qué idea!... Desde aquí
podré observar lo que pasa.)

ESCENA IV

ERNESTO, JULIA

(Cada uno ocupará un extremo del teatro.)

JULIA. (Después de una pausa.)
(Si al menos se disculpara!)

ERNESTO. (Pues, señor, esto promete!)

JULIA. Para estar callado, vete!

ERNESTO. Me pones tan mala cara!...

JULIA. La que tengo...

ERNESTO. Ya lo sé.

JULIA. Pero creo que no espanto.

ERNESTO. Mira, no te he dicho tanto.
Perdona, si...

JULIA. No hay de qué.
(Después de otra pausa.)
(Oh! Mi cabeza se abrasa!)
Vas á acompañarme?

ERNESTO. (Con bondad aparente.) Sí.
(Ernesto presenta el brazo á Julia, que lo acepta. Se dirigen al fondo, y al llegar á la puerta, dice Julia, viendo que Ernesto va de mala gana.)

JULIA. Pero, si hemos de ir así,
prefiero quedarme en casa.

ERNESTO. (Separándose de Julia.)
Ya se acaba mi paciencia!
Pero, di, podré saber
qué es lo que tienes, mujer?

JULIA. Pregúntalo á tu conciencia!
No creas que soy un cero.

ERNESTO. Pero es que...

JULIA. Déjame hablar.
Pronto has podido olvidar
que ya no vives soltero.

ERNESTO. Vamos, en qué te he faltado?
JULIA. Es decir, que loca estoy?
ERNESTO. Pero tú piensas que soy
tu marido, ó tu criado?
JULIA. Bueno fuera, á la verdad,
que mi marido quisiera
que yo tan sólo debiera
acatar su voluntad.
ERNESTO. Pues fuera cosa graciosa
que el hombre, al tomar estado,
se convirtiera al contado
en esclavo de su esposa.
No quiero, por Belcebú,
ejercer la tiranía;
mas tampoco, vida mía,
es justo la ejerzas tú.
JULIA. No obstante, recordarás
que, antes de ser mi marido,
te veía más rendido...
ERNESTO. Y ahora te quiero más. (Con pasión.)
Siempre he sido complaciente,
tal vez, Julia, en demasía;
pero tú eres cada día
un poco más exigente.
Y tu genio, á mi pesar,
me hace un martirio sufrir,
y al fin me obliga á decir
lo que quisiera callar.
Es mal cálculo, demencia,
de la que debes curarte,
pensar que hasta para hablarte
he de pedirte licencia.
Porque eso fuera un eterno
y continuo padecer;
eso, Julia, fuera hacer
del matrimonio un infierno.
No te quiero como un niño?
Pues de qué te quejas, di?
JULIA. Oh! Culpa de ello, no á mí,
á mi excesivo cariño!
ERNESTO. Pues permíteme que te haga
una observación muy justa,
y es que lo bastante... gusta;
pero lo mucho... empalaga.
Mitiga, pues, tus recelos;
yo te adoro con pasión.
JULIA. Ay! Si me hicieras traición!

ERNESTO. Pero acaso tienes celos?
JULIA. No me falta en que fundarlos;
antes ibas á salir...
Adónde ibas?... Sin mentir!
ERNESTO. Iba... á pasear con Carlos.
JULIA. Luego merece un amigo
más deferencias que yo?...
ERNESTO. No, mujer.
JULIA. Es claro.
ERNESTO. No.
JULIA. Tu conducta es buen testigo.
ERNESTO. Si ese solo es mi pecado,
mil y mil veces perdón.
Se ha acabado la cuestión.
JULIA. Ya todo queda olvidado. (Dándole la mano.)
Me acompañas un instante?
ERNESTO. Con mucho gusto.
JULIA. Corriente.
(Ernesto le ofrece el brazo con extremada galantería.)
Te veo muy complaciente...
Ojalá que en adelante!...
ERNESTO. Ya verás cómo me porto.
JULIA. Prefiero las obras buenas.
ERNESTO. (Hoy romperé estas cadenas!)
JULIA. (Desde hoy le ataré más corto!)

ESCENA V

CARLOS, *que saldrá, después de una pausa, conteniendo la risa.*

Ja! ja! ja! ja! Pues, señor,
gracias á Dios que se fueron.
Si la escena se prolonga,
no hay más, de risa reviento.
Le cayó la lotería
á mi pobre amigo Ernesto.
Pero él se tiene la culpa...
es manso como un borrego...
Y el muy bribón me decía
que vivía tan contento;
que iba á hacer su voluntad;
que no se le daba un bledo

de su consorte, y al verla
se pone á temblar de miedo!
Oh, filosofía estúpida!
Oh, maridos! Y es que observo
que todos con sus mujeres
pasan un martirio eterno,
y no quieren confesarlo...
Tal vez se avergüencen de ello!...
No: víctimas de su error,
en su espantoso tormento
quisieran que todo el mundo
fuera casado como ellos.
Por eso nadie habla mal
del estado. Ja! ja! Pero
lo que es á mí no me pescan,
no señor; que algún provecho
había yo de sacar
de estar escuchando ahí dentro.

ESCENA VI

Dicho.—Don Cándido, Doña Angustias, Matilde

Angust. Conque han salido? (Dentro.)
Carlos. Esa voz...!
Cándido. Mi señor don Carlos! (Saliendo.)
Carlos. (Cielos!)
Matilde. Carlitos aquí! (Qué dicha!)
Angust. Amigo mío, me alegro...
Carlos. A los pies de usted, señora...
Señorita... yo tan bueno;
usted siempre tan famoso,
don Cándido; lo celebro.
Con su señora hace un rato
he visto salir á Ernesto.
Cándido. Eso acaban de decirme,
y ¡vive Dios! que lo siento,
porque es tarde, y si esperamos,
no llegaremos á tiempo.
Vamos juntos, en familia...
Usted será de los nuestros!
Matilde. Sí, Carlitos, venga usted.
Carlos. Yo... señora...

CÁNDIDO. Por supuesto!
ANGUST. No le dejes escapar...
(Aparte á D. Cándido.)
y con eso podrás luégo...
CÁNDIDO. Conque es asunto arreglado,
eh? Nada, sin cumplimientos!
CARLOS. Pero adónde van ustedes?
Digo, si no es un secreto...
ANGUST. No hay secretos para usted.
CARLOS. Mil gracias.
CÁNDIDO. Hemos dispuesto
ir á ver lo reservado
del Retiro.
CARLOS. Lo celebro;
mas me duele no poder
aceptar su ofrecimiento.
CÁNDIDO. Cómo se entiende!
MATILDE. Qué dice!
ANGUST. Nos hace usted ese feo?...
CARLOS. No lo traduzca usté así,
que tal no ha sido mi intento.
CÁNDIDO. Acompáñenos usted.
CARLOS. (Yo me guardaré de hacerlo.)
CÁNDIDO. Se divertirá usted mucho!
CARLOS. Muchísimo, ya lo creo.
CÁNDIDO. Allí verá usted las fuentes,
la gruta, el embarcadero;
también verá usted las fieras.
CARLOS. (No he menester ir tan lejos
para verlas.)
CÁNDIDO. Sobre todo,
admirará los paseos...
Conque decídase usted,
que se está pasando el tiempo
y no vamos á llegar.
A las dos cierran.
ANGUST. Sí, pero...
Qué hora es?...
CÁNDIDO. Ya es tarde, muy tarde,
las diez y cuarto lo menos.
CARLOS. Las diez y cuarto! Por vida!...
Señores, mucho lo siento;
mas, con permiso de ustedes,
me voy, aunque pronto vuelvo.
Me ha citado el empresario;
y yo, la verdad, no quiero
faltar... usted ya comprende

que, en mi posición, no debo...
ya hablaremos más despacio...
Señora... adiós... hasta luégo.

ESCENA VII

DOÑA ANGUSTIAS, MATILDE, DON CÁNDIDO

ANGUST. Pues me gusta!
MATILDE. (Se ha marchado
sin decirme... Qué grosero!)
CÁNDIDO. Ese muchacho es muy listo!
ANGUST. Y tú muy plomo!
CÁNDIDO. Convengo:
eso consiste en los años.
ANGUST. Si tú siempre has sido viejo!
CÁNDIDO. Angustias!
ANGUST. Es la verdad.
CÁNDIDO. Mira, mira, no empecemos...
ANGUST. Si tienes una cachaza,
y un... reniego de tu genio!
CÁNDIDO. Pero, mujer, es posible
que siempre has de estar riñendo!
ANGUST. Si me hicieras caso tú!
MATILDE. Pero, mamá...
CÁNDIDO. Ya lo creo;
si yo no hiciera otra cosa
que obrar según tus deseos,
de fijo, entonces tu Cándido
sería un hombre... completo,
y nunca habría contiendas,
ni peloteras, ni... pero
dejémonos de cuestiones,
que tiempo de más tenemos
para...
MATILDE. Dice bien papá;
por otra parte, no veo
un motivo para tanta
disensión.
CÁNDIDO. Lo estás oyendo?...
Oh, Matilde! Eres un ángel,
de mis pesares consuelo!
ANGUST. Porque te da la razón?

CÁNDIDO. No, Angustias, no; no es por eso;
porque se parece á ti
como una castaña á un huevo.
ANGUST. Pues ya que tanto la quieres...
CÁNDIDO. Sí, señora, que la quiero.
ANGUST. Habrá paciencia!...
MATILDE. Mamá!
CÁNDIDO. (Cuánto va á que tiene celos?)
ANGUST. Pues más te agradecería,
ya que es tan grande tu afecto,
que por ella hicieras más
aunque la quisieras menos.
MATILDE. Pero á qué viene?...
ANGUST. Lo entiendes?
CÁNDIDO. (Adiós! Ya pareció aquello!)
Tú no ignoras que ya he hablado
á Carlos acerca...
ANGUST. Bueno.
MATILDE. A Carlos!
ANGUST. Mas en resumen,
nada has hecho de provecho.
CÁNDIDO. Si él no quiere...
ANGUST. Se le obliga.
MATILDE. Eso, mamá, no lo apruebo.
ANGUST. Qué dices!
MATILDE. Ya sabe usted
que amo á Carlos; mas no quiero
se una conmigo á la fuerza.
CÁNDIDO. Bien dicho! Lo estás oyendo?
ANGUST. Conque no quieres casarte?
MATILDE. Yo sí quiero, mamá, pero...
ANGUST. Es que para conseguirlo
no basta á veces quererlo.
Si Carlos no se decide,
sabe Dios cuándo tendremos
otra ocasión; por lo tanto,
conviene no perder tiempo.
MATILDE. Es verdad; papá, ande usted.
CÁNDIDO. (Oh! Me la está pervirtiendo!)
MATILDE. Pídale usté explicaciones.
ANGUST. Pero pronto.
CÁNDIDO. Estoy en ello.
MATILDE. Y si no accede...
CÁNDIDO. Le mato?
ANGUST. No: que deje libre el puesto.
CÁNDIDO. Pues veréis cómo le digo...
mas no respondo del éxito.

MATILDE. Mamá, mientras vuelve Julia,
aprueba usted que bajemos
al jardín?

ANGUST. Como tú quieras.

CÁNDIDO. Pero es que yo no lo apruebo.

ANGUST. Por qué razón?

CÁNDIDO. Porque es tarde;
y si nos entretenemos
aquí, de fijo al Retiro
no llegaremos á tiempo.

ANGUST. Pero no hemos de esperar
á Julia?

CÁNDIDO. Ah! Sí; es verdad: bueno.
Me he equivocado, mujer;
es un feliz pensamiento.
Corred á admirar las flores,
que yo por aquí os espero.

ANGUST. Acompáñanos.

~~CARLOS.~~ (Por vida!...)
Candido
Déjame solo un momento,
voy á fumar un cigarro.

ANGUST. Dame el brazo.

CÁNDIDO. No; me quedo.
Como el humo te incomoda...

ANGUST. Pues no fumes.

CÁNDIDO. Buen remedio.

ANGUST. Toma, lleva la sombrilla.
(Dándosela á D. Cándido, que la rehusa.)

CÁNDIDO. Muchas gracias, no la quiero.
A mí no me ofende el sol.

ANGUST. Llévala.
(Se la da, y tira de la campanilla.)

CÁNDIDO. Corriente. (La toma.)

ANGUST. (Al criado que se presenta.) Pedro,
cuando vuelvan los señores
nos llamará usté al momento.

ESCENA VIII

PEDRO

Descuide usted... Dios me libre
de faltar!... Bonito genio

tiene para que... Canario!
Hay que andar con mucho tiento
con doña Angustias, si no...
Al revés de don Ernesto:
ese sí que es un señor
de los señores modelo.
Casi nunca me reprende;
todo lo encuentra bien hecho...
Y si alguna vez se enfada,
cosa bien rara por cierto,
me llama bruto, animal,
y se queda tan contento.
Pero alguien viene... los amos!
Les enteraré primero...

ESCENA IX

Dicho.—JULIA, ERNESTO

(Estos salen de mal humor; llegan en medio del proscenio, se sueltan y cada uno se coloca en un extremo del teatro.)

PEDRO. Señor...
ERNESTO. Cállate!
PEDRO. Señora...
JULIA. Que te calles!
PEDRO. Bien; pero es...
JULIA. Ya me lo dirás después.
PEDRO. Señor, es que...
ERNESTO. Déjame ahora.
PEDRO. Mas sepa usted que han venido...
ERNESTO. A mi esposa da el recado.
PEDRO. Señora... yo...
JULIA. Qué pesado!
Da el recado á mi marido.
PEDRO. (Pues, señor, estamos bien.)
Lo mejor será avisar...
ERNESTO. Pero acabarás de hablar?
PEDRO. Iba...
JULIA. Calla!
ERNESTO. Toma!! (Dándole el gabán.)
JULIA. Ten!!!
(Dándole el sombrero. Pedro, que está en el centro, se dirige á tomarlo.)

ERNESTO. Hombre! Me gusta tu modo!
El gabán toma primero.
JULIA. No, señor, toma el sombrero.
PEDRO. (Tomando las dos cosas á la par.)
Lo tomaré á un tiempo todo.
(Jesús! Qué caras! Qué horror!!)
Manda usted algo, señora?...
JULIA. Que me dejes.
PEDRO. (En buen hora!)
Y usted manda algo, señor?
ERNESTO. Que te quites de delante!
PEDRO. (Por esta vez, vive Dios!
acordes están los dos.)
Voy á avisar al instante...
(Deja el gabán y el sombrero y se va por la puerta del segundo término de la derecha.)

ESCENA X

JULIA, ERNESTO

JULIA. (Después de una pausa.)
Pero no va usté á salir?
ERNESTO. Por ventura verme siente
usted?
JULIA. Me es indiferente.
ERNESTO. Nunca pude presumir
que tal dijera su boca.
JULIA. Pues no le debe admirar...
Qué tiene usted que esperar
de una mujer que está loca?
ERNESTO. Señora, por Dios: no mi alma
martirice de esta suerte.
JULIA. No lo tome usted tan fuerte...
Más calma, Ernesto, más calma.
No estaba usted deseando
dejarme en casa?
ERNESTO. Sí; y qué?
JULIA. Que no se detenga usté,
que le estarán esperando.
ERNESTO. Ya que usted me lo aconseja,
voy á marcharme en seguida,
que no quiero que, en la vida,
tenga usted de mí una queja.

JULIA. Mil gracias.
ERNESTO. Yo soy así.
JULIA. Usted se irá, no lo impido,
pero tenga usté entendido
que ha de acordarse de mí.
Pues sufrir no puede mi alma
se burle usted de esta suerte!...
ERNESTO. No lo tome usted tan fuerte;
más calma, Julia, más calma.
JULIA. Pero si yo no me altero
por lo que pasa; á fe mía,
resignada, todavía
muchísimo más espero.
ERNESTO. Pues me juzga usted muy mal.
JULIA. Al contrario.
ERNESTO. Pero acaso?...
JULIA. Ya ha dado usté el primer paso;
por lo tanto, es natural
que si hoy me aqueja el rigor
de su desvío inclemente,
mañana quizá lamente
la pérdida de su amor.
ERNESTO. Señora, estoy convencido
de que son un fingimiento
sus palabras.
JULIA. Conque miento!
ERNESTO. Sí, señora; convenido.
Para hacer su voluntad
y esclavizar más al hombre,
la mujer invoca el nombre,
sí, de la felicidad.
JULIA. Oh!
ERNESTO. Pero yo, que, hasta el día,
humilde acaté la suya,
exijo que hoy no me arguya,
y acate á su vez la mía.
JULIA. Mas la conducta de usté
justificar necesita...
Usted tiene hoy una cita...
ERNESTO. A la cual no faltaré:
como lo siento, lo digo;
pues no creo que el estado
impida al hombre casado
el complacer á un amigo.
Le dí palabra formal...
JULIA. Pues me gusta la embajada!
Luego para usted es nada

la ventura conyugal!
ERNESTO. Ventura!... Voto al demonio!
JULIA. Reniego de los amigos...
si ellos son los enemigos
de la paz del matrimonio! (Pausa larga.)
Mas lo que es conmigo!... No;
no crean que soy tan necia!...
Ya que usted tanto le aprecia,
escoja... ó su amigo, ó yo!
ERNESTO. Que escoja yo?... Vive Dios!
JULIA. Y pronto.. diga usted quién?...
ERNESTO. Usted lo exige? Pues bien,
prefiero...
JULIA. A quién?
ERNESTO. A los dos!
JULIA. No se puede conciliar
fácilmente... usted lo entiende?
ERNESTO. Bah! bah! Lo que usted pretende
es que al fin haga constar
que, al otorgarle mi mano,
la libertad renuncié;
esa joya hermosa que
disfruta todo cristiano.
Y tan baja confesión
ridiculiza mi nombre,
y, por más que á usted asombre,
la rechaza mi razón.
JULIA. No haga usted tantos extremos...
Prohibo que se vaya usté.
ERNESTO. Pues yo digo que me iré.
JULIA. Lo veremos!
ERNESTO. Lo veremos!

ESCENA XI

Dichos.—CARLOS

CARLOS. Hombre! Me alegro encontrarte!
ERNESTO. Déjame en paz.
CARLOS. (Sin ver á Julia.) Qué te pasa?
ERNESTO. Eh! Qué sé yo!
CARLOS. Sin embargo,
el que estés de mala data

no es razón para que yo,
querido Ernesto del alma,
deje de decirte que...

ERNESTO. Yo no quiero saber nada.

CARLOS. Yo sé que te alegrarás
cuando te diga...

ERNESTO. Te engañas!

CARLOS. El empresario ha leído
el segundo acto...

ERNESTO. Ya basta!

CARLOS. Y me ha dicho...

ERNESTO. Por la Vírgen!
No me hables, Carlos, de dramas,
que hartos dramas tengo yo
á todas horas en casa.

CARLOS. Es que has de saber, Ernesto...

ERNESTO. Ya me lo dirás mañana.

CARLOS. Ahora ha de ser!

ERNESTO. Uy! Qué chinche!

CARLOS. Pues como digo...

ERNESTO. Caramba!
No hay paciencia!...

CARLOS. Pero escucha...

ERNESTO. Eh! Vete al infierno!
(Vase por la puerta de la izquierda.)

CARLOS. Calla!
Pues señor, es una coz
que me hace muy poca gracia.
Marcharse así... Pero cielos!
(Viendo á Julia.)
Allí está Julia sentada!
Voy á decirle... A bien que ella
se alegrará... No faltaba!...
Mi señora doña Julia!...
Mil perdones si yo...

JULIA. Gracias!

CARLOS. Deme usted la enhorabuena!
(Calla! Me vuelve la espalda!)
El empresario...

JULIA. Dispense
usted... estoy ocupada.
Abur.
(Vase por la puerta del primer término de la derecha.)

CARLOS. Abur! Me ha dejado
convertido en una estatua.

ESCENA XII

CARLOS, DON CÁNDIDO. *Después* DOÑA ANGUSTIAS; *luégo* MATILDE Y PEDRO

(Todos salen por la puerta del segundo término de la derecha.)

CARLOS. Confieso que una conducta
tan incivil ya me carga!...
Pero qué se ha de esperar
de una gente... que se casa?
Mas aquí viene don Cándido!
CÁNDIDO. Ya la paciencia me falta! (Dentro.)
CARLOS. El sí que se alegrará
cuando sepa!...
CÁNDIDO. Calla! calla! (Saliendo.)
CARLOS. Don Cándido!
CÁNDIDO. (Otra vez este!)
CARLOS. Voy á dar á usté una grata
noticia.
CÁNDIDO. Mucho me alegro.
CARLOS. El segundo acto... de...
CÁNDIDO. Vaya...
Sabe usted dónde está Julia?
CARLOS. En esa pieza inmediata.
Pues señor, el segundo acto...
CÁNDIDO. Soy con usted.
(Vase por la puerta de la derecha del primer término.)
ANGUST. Vamos, anda. (Saliendo.)
CARLOS. Doña Angustias!
ANGUST. Y mi esposo?
CARLOS. Ahí dentro está.
ANGUST. Muchas gracias.
(Vase por la primera puerta de la derecha del primer término.)
CARLOS. Pero qué es esto? Dios mío!
Ah! Matilde! Cuánto ansiaba
verte! (Viendo á Matilde.)
MATILDE. Luégo hablaremos.
Adiós, que mamá me aguarda.
(Vase por el mismo sitio.)
CARLOS. Ay! Pedro... Si usted supiera!
(Viendo al criado. Oyese una campanilla.)
PEDRO. Me están llamando en la sala.
(Vase por el fondo.)

ESCENA XIII

CARLOS

Pero qué demonios tienen
los que habitan esta casa?
Con menos razón hay prójimos
que se ven en una jaula.
Y precisamente, cuando
vine á escape, porque ansiaba
darles una gran noticia!...
Y no tengo á quien contarla!...
No encontrar á quien poder
decir aquí, en confianza,
que ha gustado al empresario
el segundo acto!!! Oh, desgracia!
Voy á ver si encuentro á alguno...
y si al fin me lo depara
mi fortuna ¡vive Dios!
que he de tomar la revancha.
(Se dirige al fondo, y Ernesto, que sale por la puerta de la izquierda, le detiene.)

ESCENA XIV

CARLOS, ERNESTO

ERNESTO. Adónde vas tan de prisa,
Carlos?
CARLOS. Hombre, á ver si encuentro
quien tenga el juicio cabal.
ERNESTO. Perdóname; te comprendo.
La conducta que contigo
he observado hace un momento,
fué hija de mi mal humor;
y, por lo tanto, te ruego
me perdones.
CARLOS. En verdad
mucho me sorprendió, pero...

ERNESTO. Supongo no habrás dudado
del cariño que te tengo,
ni mucho menos creído
que ofenderte fué mi objeto.
Tuve un disgusto con Julia...
cuando entraste estaba ciego...
y fuiste inocente víctima
de mi enojo... Ni aun me acuerdo
de lo que me hablabas...

CARLOS. No?
Pues no te apures por eso,
que te lo recordaré.
Basta que confieses...

ERNESTO. Bueno.

CARLOS. Todo lo olvido.

ERNESTO. Corriente.
Pues, si te parece, iremos
á almorzar. (Poniéndose el gabán.)

CARLOS. Qué es lo que escucho?
De veras?

ERNESTO. Ponte el sombrero.

CARLOS. Pero lo has pensado bien?

ERNESTO. Sí.

CARLOS. Mira que Julia luégo
te va á regañar.

ERNESTO. Mejor.
(Agitando el cordón de la campanilla.)

CARLOS. Bravo! Así me gustas!

ERNESTO. (A Pedro, que sale.) Pedro:
si la señora pregunta
por mí, como así lo espero,
le dirás... (Se va á poner
hecha un tigre!...)

CARLOS. Mira, Ernesto,
en mi concepto, conviene
que no perdamos el tiempo;
pues si no...

ERNESTO. Tienes razón.
Oye: dile... (A Pedro.)

CARLOS. Vamos presto.

ERNESTO. Le dirás que me he marchado. (A Pedro.)
Te parece bien? (A Carlos.)

CARLOS. Eso, eso!

ERNESTO. (Salga el sol por Antequera!)

CARLOS. Eres un hombre completo!

ESCENA ÚLTIMA

DON CÁNDIDO, DOÑA ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE; *después* PEDRO

CÁNDIDO. Conque no nos detengamos.
JULIA. Ay! Mamá, cuánto me alegro!
MATILDE. Por supuesto, vendrá Carlos!
CÁNDIDO. Carlos será de los nuestros.
ANGUST. Y á ver si haces que se explique.
(A Cándido.)
JULIA. Haré que avisen á Ernesto.
(Sonando la campanilla.)
CÁNDIDO. Pero pronto, que es muy tarde.
JULIA. (A Pedro que aparece por el fondo.)
Llame usted al señor, Pedro.
PEDRO. Ha salido.
JULIA. (Cayendo en una silla.)
Que ha salido!
PEDRO. Con don Carlos, há un momento.
CÁNDIDO. Esto sólo nos faltaba!
Así nunca acabaremos.
ANGUST. Pero, hija, qué es lo que tienes?
MATILDE. Qué te pasa?
JULIA. Ingrato! Pérfido!
ANGUST. Por qué lloras?...
JULIA. Ay! Mamá!
Porque me ha olvidado Ernesto!
CÁNDIDO. La cosa se va arreglando.
ANGUST. Mas sospechas?...
JULIA. No sospecho.
Estoy segura.
ANGUST. Qué dices?
JULIA. Estoy muy segura de ello!
CÁNDIDO. Pues esto es ir á una boda
y hallarse con un entierro!
JULIA. Sé que tenía una cita.
ANGUST. Y tú crees?...
JULIA. Mucho temo...
ANGUST. Pero esa cita es de amores?...
JULIA. Harto lo prueba el empeño
que hoy ha mostrado en salir
contra mi voluntad.

MATILDE. (Cielos!
Y Carlos le acompañaba!
Oh! Si ningún hombre es bueno!)
ANGUST. Qué fiel es mi corazón!
Apenas te vi, al momento
en tu semblante noté
indicios mal encubiertos
del dolor que te aquejaba.
JULIA. Ay!
ANGUST. Y si guardé silencio,
fué por prudencia... Mas tú (A don Cándido.)
qué haces?
CÁNDIDO. Nada: lo estás viendo.
ANGUST. Así, así, no te acalores...
Es lo mejor.
CÁNDIDO. No empecemos.
ANGUST. Tú tienes la culpa, tú,
de lo que está sucediendo.
CÁNDIDO. Si estoy diciendo que es tarde
más de dos horas lo menos...
Bah! No parece sino
que por mí nos detenemos.
ANGUST. Si yo tuviera calzones!...
CÁNDIDO. Quisiera verte en mi puesto.
ANGUST. No quedaría esto así!
CÁNDIDO. Qué harías?
ANGUST. El mundo entero
hubiera minado yo,
y ya á estas horas Ernesto
hubiera vuelto á su casa...
Mas, en fin, eso va en genios.
CÁNDIDO. Pero qué quieres tú que haga?
ANGUST. Que le busques... Eso quiero.
JULIA. Sí, papá.
CÁNDIDO. Jesús me asista!
JULIA. Por Dios! Vaya usted corriendo...
MATILDE. Busque usté á Carlos también.
CÁNDIDO. Válgame San Nicodemus!
Vaya usted á averiguar...
MATILDE. Corra usted.
ANGUST. Anda ligero...
JULIA. No se venga usted sin él.
MATILDE. Ni sin Carlitos.
CÁNDIDO. Entiendo.
ANGUST. Pero, hombre, avívate más!
JULIA. Sí, que tal vez será tiempo...
CÁNDIDO. (Lo que es para ir al Retiro

lo dificulto.) Mas cuerno!
Dónde estará?...

ANGUST. Qué buscas?
(A Cándido, que andará buscando una cosa.)

CÁNDIDO. Qué he de buscar! El sombrero!

ANGUST. Pero, hombre, será posible!...

MATILDE. Papá, lo lleva usted puesto.

CÁNDIDO. (Después de haberse convencido.)
Si me estáis volviendo loco!
Si esta vida es un infierno!!

ANGUST. Jesús, qué hombre!

CÁNDIDO. (Marchándose.) Qué mujer!

ANGUST. Ya se fué, gracias al cielo!

MATILDE. Dios quiera que encuentre á Carlos!

JULIA. Dios quiera que encuentre á Ernesto!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA PRIMERA

JULIA Y MATILDE

MATILDE. Querida hermana, no llores;
tranquilízate.
JULIA. No puedo.
Tarde recobra la calma
si una vez la perdió el pecho.
Tú no sabes cuán amargo
es el dolor de los celos!
MATILDE. Que no lo sé? Considera
que Carlos va con Ernesto.
JULIA. Pero es distinto...
MATILDE. No tal.
JULIA. Me gusta!
MATILDE. Pues fuera bueno!...
JULIA. Ernesto es mi esposo.
MATILDE. Y Carlos
tardará muy poco en serlo
mío.
JULIA. Mas la verdad...
MATILDE. Julia,
la verdad es que le quiero,
y que él quizá en este instante
olvida sus juramentos,

y á otra mujer...
JULIA. Calla! Calla!...
MATILDE. Qué martirio!
JULIA. Qué tormento!

ESCENA II

Dichas.—DOÑA ANGUSTIAS

ANGUST. Cúmplanse al punto mis órdenes.
(Al fondo.)
JULIA. Madre mía!
ANGUST. Volvió Pedro?
JULIA. No, señora.
ANGUST. Qué cachaza!
Tu padre?...
MATILDE. Tampoco ha vuelto.
ANGUST. No me extraña... mas conviene
que no perdamos el tiempo.
JULIA. Sí, pero...
ANGUST. Piensas hallar
tal vez llorando el remedio?
JULIA. No, señora.
ANGUST. Pues entonces...
JULIA. Pero, qué hacer?
ANGUST. Lo primero,
no malgastar esas lágrimas,
porque te harán falta luégo;
y lo segundo, ayudarme
á indagar el paradero
de tu dichoso marido,
porque sin tregua debemos
sofocar la rebelión
antes que tome incremento.
JULIA. Pero si papá ya fué...
ANGUST. Tu padre!... También fué Pedro.
Pero los dos andarán
por esas calles corriendo,
y quizás sin que ninguno
consiga encontrarle.
MATILDE. Es cierto.
ANGUST. Yo un proyecto he concebido.

JULIA. Y cuál es?
ANGUST. Firma al momento
estas cartas. (Dándole cinco ó seis cartas.)
JULIA. Vengan.
ANGUST. Toma
y despacha.
JULIA. (Examinándolas.) Mas, qué es esto?
ANGUST. Eso es una circular,
cuatro renglones...
JULIA. No entiendo...
«Señorita doña Clara (Lee.)
»Fernández de Valdivieso:
»Esta mañana ha salido
»de casa mi esposo Ernesto,
»faltando á mi voluntad,
»y todavía no ha vuelto.
»Como sé que á usted trataba
»antes de mi casamiento,
»le suplico que me diga,
»para acallar mis recelos,
»si está en su casa de usted;
»por cuyo favor le ofrezco
»mi constante gratitud
»y el cariño más sincero.»
Pero, mamá, yo no trato,
ni aun haber visto recuerdo
en mi vida, á la señora
Fernández de Valdivieso,
á quien dirijo esta carta.
ANGUST. Eso, Julia, es lo de menos.
JULIA. Tampoco conozco á esta otra...
(Examinando las cartas.)
Ni á esta... ni... Yo no me atrevo...
ANGUST. Qué dices!
JULIA. Se me figura
que este paso es muy expuesto.
ANGUST. Haz lo que te digo.
JULIA. Es que...
ANGUST. Tal vez en estos momentos
alguna de esas señoras
te roba el amor de Ernesto.
JULIA. Oh! Será posible!
MATILDE. Cuando
mamá lo asegura...
ANGUST. Cierto;
y tú consentir no debes...
JULIA. (Que habrá estado luchando.)

Firmaré... (Me ahoga el despecho!)
(Firmando.)
Y quién las lleva?

ANGUST. Nosotras.

JULIA. Nosotras!

ANGUST. Con este objeto
que engancharan la berlina
hace un instante he dispuesto.
Las entregará el lacayo,
y al volver encontrarémos
algunas contestaciones.

JULIA. Vamos, pues.

MATILDE. Aquí está Pedro!

ESCENA III

Dichas.—PEDRO

ANGUST. Qué has averiguado?.

PEDRO. Nada!

JULIA. Conque no le has visto?

PEDRO. Y eso
que he corrido de lo lindo.

ANGUST. Ya me lo estaba temiendo.

PEDRO. Como Madrid es tan grande!...
No es extraño...

ANGUST. Bueno, bueno!

PEDRO. Yo no he dejado un rincón...

ANGUST. Tráenos nuestros sombreros,
porque vamos á salir.

PEDRO. Está muy bien: el cochero
me encargó dijese á usted
que el carruaje está dispuesto.
(Vase Pedro por la puerta de la derecha, y á poco sale con los sombreros.)

JULIA. Mas, señor, dónde estará
ese hombre?

ANGUST. Ya lo sabremos.
Serenidad, sobre todo.

JULIA. Yo le juro!...

ANGUST. Por supuesto
que aquí quien tiene la culpa
de lo que está sucediendo

es su amigo.

MATILDE. Cómo! Usted
piensa que Carlos!...

ANGUST. Yo pienso
que el mejor de los amigos
debía estar...

PEDRO. Los sombreros. (Saliendo.)

ANGUST. Si trajeran unas cartas
para la señora, Pedro,
déjalas sobre la mesa
de su gabinete.

PEDRO. Entiendo.
Y si, por casualidad,
viene el señorito Ernesto,
y pregunta... qué le digo?

ANGUST. Que nos hemos ido.

PEDRO. Bueno.

ESCENA IV

PEDRO

Jesús, y qué laberinto!
Cada vez lo entiendo menos:
al salir me dió la idea
de preguntar al portero
si sabía hacia qué punto
se encaminó don Ernesto;
y me dijo haber oído
decir á su compañero,
cuando á la calle salían:
«Aplaudo tu pensamiento.
A ver á Lhardy en seguida.»
Con este dato, derecho
me fuí á la fonda, y, cabal;
allí á mi señor encuentro
con don Carlos y don Cándido
almorzando tan contentos.
—A qué vienes?—gritó al verme
poniendo torcido el gesto...
—Yo, señor...— Ya lo adivino;
mas vuélvete á casa, Pedro,
y si sabe mi mujer

que me has visto, te prevengo
que te despido tan pronto
como me aperciba de ello.
—Descuide usted, exclamé,
y cuente con mi silencio.
No seré yo quien le diga...
Vaya!...—Pues estamos frescos!
Pero lo que á mí me extraña
es que don Cándido, el viejo,
que en busca fué de don Carlos
y del señorito Ernesto,
en vez de volver á casa,
se haya quedado con ellos.
El, que se marchó trinando,
y que estaba tan dispuesto
á traerlos de una oreja!...
Mas, quién no transige al verlos
armados con ricas truchas
y buen vino de Burdeos?
Cuando cuenta el enemigo
con tan grandes elementos,
el que no firma la paz
es un valiente... mastuerzo.
Y, digo, que al tal don Cándido
apenas le gusta... (Significando bebida.)
Cuerno!
no le vi soltar la copa...

CÁNDIDO. Buenas noches, caballero.

ESCENA V

Dicho.—DON ERNESTO, CARLOS Y DON CÁNDIDO, *algo bebido.*

PEDRO. (Dios mío! Si me habrá oído!)
ERNESTO. Y las señoras? (A Pedro.)
PEDRO. Salieron.
ERNESTO. Dónde han ido?...
PEDRO. No dijeron...
CÁNDIDO. Qué calor!
CARLOS. Tal se ha bebido!
ERNESTO. Vaya usted á descansar.

CÁNDIDO. Mas si yo no estoy cansado.
Bah! Con lo que allí han sacado
no había para empezar.
CARLOS. Conque usted se atrevería?...
CÁNDIDO. Yo me atrevo en este instante
con cuanto vea delante.
CARLOS. Bravo! Me place, á fe mía!
ERNESTO. (No le des cuerda, por Dios!)
(Aparte á Carlos.)
CÁNDIDO. Y tú, qué haces tan callado? (A Ernesto.)
Habla, hombre!
ERNESTO. (Está pesado!)
CÁNDIDO. Siéntate, aquí, entre los dos.
Don Carlos, si á usted ofende
alguno... Usted es mi amigo.
CARLOS. Gracias.
CÁNDIDO. Cuente usted conmigo...
y chitón!... Ya usted me entiende.
Yo estoy...
ERNESTO. Algo alegrillo.
CÁNDIDO. No tal: en este momento,
seré franco, experimento
aquí cierto calorcillo,
que se sube á la nariz...
pero no ha habido ocasión...
CARLOS. Pues eso, amigo, es el ron.
CÁNDIDO. Pues el ron me ha hecho feliz.
Licor divino, selecto! (Levantándose.)
Como alababa tu nombre,
hoy bendigo, no os asombre,
tu maravilloso efecto.
Que siento en mí renacer
con tal prodigio el valor,
que no me causa temor
nada ya: ni aun mi mujer!
ERNESTO. Pues valor se necesita.
CÁNDIDO. Sin embargo, le tendré.
CARLOS. Y si falta?
CÁNDIDO. Apelaré
al fondo de otra copita.
CARLOS Mucho aplaudo, por quien soy,
ver á usted tan animado.
CÁNDIDO. Y tú no tengas cuidado; (A Ernesto.)
haz lo que yo.
ERNESTO. En eso estoy;
mas ahora convendría...
CÁNDIDO. Resistirse con ahinco,

y decir cuantas son cinco
á tu mujer y á la mía.

ERNESTO. No tal.

CÁNDIDO. Insisto en mi idea,
que aquí nadie se propasa.

CARLOS. (Cuando vengan, de esta casa
van á hacer otra Crimea.
Por lo que pueda tronar,
yo me escurro...)

CÁNDIDO. Sí, señor: (A Ernesto.)
hablar alto es lo mejor
si aspiramos á triunfar.

ERNESTO. Tal cambio me maravilla!

CÁNDIDO. Que gritan!... Gritamos más!
Si no, á la cabeza, zas!
les tiramos una silla.
No digo bien? (Volviéndose á Carlos.)

ERNESTO. Al contrario.

CÁNDIDO. (A Carlos, viendo que tiene el sombrero en la mano.)
Pero, cómo! Se va usté?

CARLOS. Sí.

CÁNDIDO. Pero, hombre!...

CARLOS. Volveré:
voy á ver al empresario.
Dos actos leyó, y espero,
pues que al fin le gustará,
que mi obra se aprobará
así que lea el tercero.

CÁNDIDO. Usted irá á Leganés
con sus dramas.

CARLOS. No, señor...
Adiós, Ernesto; valor!

ERNESTO. Adiós, chico.

CARLOS. (A don Cándido.) Hasta después.

CÁNDIDO. Que vuelva usted por acá;
y cuando tenga un momento,
daré á usted un argumento
de mucho efecto.

CARLOS. Ja! ja!

ESCENA VI

DON CÁNDIDO, ERNESTO

CÁNDIDO. Tengo yo algunas ideas
que coordinando despacio...
ERNESTO. Ideas usted!...
CÁNDIDO. Sí tal;
pues tú qué te has figurado?
Aquí donde me estás viendo,
aun no tenía quince años
y ya había escrito un drama.
Si era yo, cuando muchacho,
más travieso!... Pues si vieras
las poesías que á ratos
me sacaba yo de aquí!
(Señalando la frente.)
Que lo diga mi criado.
ERNESTO. Pues qué tenía que ver?...
CÁNDIDO. Verás: le gustaron tanto
las primeras que compuse,
que me estaba preguntando
todos los días: Señor,
ha estado usted inspirado?
Ha compuesto usted mas coplas?
ERNESTO. Eso decía! (Qué sabio!)
CÁNDIDO. Llamar coplas... á mis versos!
Coplas!! Has visto qué zángano?
Pero á mí me hacía gracia...
ERNESTO. (Pobres versos de don Cándido
si llega á hacerle justicia!)
CÁNDIDO. Y yo le daba al contado
todas mis composiciones.
El bribón las fué guardando
poco á poco, y las vendió.
ERNESTO. Qué dice usted! Las compraron?
(Parece cosa imposible!)
CÁNDIDO. Y sacó muy buenos cuartos!
Y eso que, según me dijo,
las vendió al peso.
ERNESTO. Ya caigo!
CÁNDIDO. Pero, calle! Ahora recuerdo...
Vosotros tenéis el *Diario*
de Avisos?

ERNESTO. Sí; mas por qué
no descansa usted un rato?
CÁNDIDO, Hombre, vaya una manía!
ERNESTO. Es que...
CÁNDIDO. Si no estoy cansado!
Estará en tu cuarto?
ERNESTO. Sí.
CÁNDIDO. Pues voy yo mismo á buscarlo.
El día que no lo leo
parece que me falta algo.
Te sucede á ti lo mismo?
ERNESTO. Algunas veces.
CÁNDIDO. Es claro...
Es un papel muy ameno!! (Marchándose.)
Tú no saldrás?
ERNESTO. No, no salgo.
CÁNDIDO. Pues si viene mi mujer,
que me avises al contado.
ERNESTO. Así lo haré.
CÁNDIDO. Y á ver, tú,
cómo te portas, canario!
Que por más que diga Julia,
no des á torcer tu brazo:
apriétale las clavijas,
y deja que ruede el carro.
En cuanto á mi cara esposa,
he de hacer que!... Pero callo.
ERNESTO. Sí, señor; es lo mejor...
CÁNDIDO. He dicho. Voy por el *Diario*.

ESCENA VII

ERNESTO

Pues, señor, si yo he pecado
con haberme ido á almorzar,
ya bastante lo he purgado;
mas no siento lo pasado,
sino lo que hay que pasar.
Pues si Dios con su poder
no lo remedia al instante,
entre el suegro y su mujer,
de esta casa van á hacer

otro campo de Agramante.
Su mujer es una arpía,
que hacerle víctima supo
de su insolente osadía...
Mas de su mujer me ocupo,
y me olvido de la mía.
La lucha se ha declarado,
y conviene, antes de obrar,
escoger con gran cuidado
los medios para lograr
un brillante resultado.
Mi esposa, como una fiera
vendrá, es natural; y luégo,
que habrá echado leña al fuego
su maternal consejera,
mi suegra, de quien reniego!
Pero si aquí se propasa,
yo á su desmán pondré tasa;
que no es para consentido
venga á dar guerra á mi casa
cuando aún vive su marido.

ESCENA VIII

Dicho.—PEDRO, *con cuatro cartas.*

ERNESTO. Han venido las señoras?
PEDRO. No, señor.
ERNESTO. Pues, qué me quieres?
PEDRO. Iba á dejar estas cartas
ahí dentro, en el gabinete.
ERNESTO. A ver, á ver.
PEDRO. La señora
me encargó que así lo hiciese.
ERNESTO. Tráelas digo.
PEDRO. (Dándoselas.) Está bien.
(Allá se las hayan!)
ERNESTO. Vete.

ESCENA IX

ERNESTO, *á poco* PEDRO *con una carta.*

ERNESTO. Es una cosa asombrosa
y hasta que me hace pensar!...
Pero no... no hay que dudar,
todas son para mi esposa.
Mas mi razón no penetra
de quién las cartas serán...
Todas cerradas están,
y no conozco la letra;
al menos no hago memoria...
PEDRO. Otra acaban de traer. (Dándosela.)
ERNESTO. También para mi mujer! (Vase Pedro.)
Esto ya pica en historia.
Pues me gusta la ocurrencia!...
Muy urgente! Ja! ja! ja!
Qué asuntos Julia tendrá
que reclaman tanta urgencia?
Siempre serán tonterías!...
No obstante, las voy á abrir...
quiero de dudas salir.
Julia abre también las mías.
Veamos la más urgente. (Abriendo una.)
Cielo santo! Qué he leído!
(Abriéndolas todas.)
Vive Dios que se ha lucido
mi señora! Qué imprudente!
En ridículo me ha puesto.
Oh! Le juro que esta acción!...
No me abandones, razón;
ten calma... más calma, Ernesto.
(Después de una pausa, leyendo una carta.)
«Desde que don Ernesto
»se hizo marido,
»por mi casa, señora,
»no ha parecido.
»Si viene acaso,
»se le enviaré en seguida
»con un criado.»
Sí, sí, con mucha cautela

poniendo á mis pasos tasa,
para que vuelva á mi casa
como un chiquillo á la escuela.
Es muy bonita la chanza.
Oh, venturosa coyunda!
Mas veamos la segunda,
que yo tomaré venganza.
(Leyendo otra.)
«Señora doña Julia
»de Palomares,
»la de usted he leído
»con pena grande.
»Y le contesto
»que des que tomó estado
»no he visto á Ernesto.
»Su pérdida conozco
»la habrá afligido,
»pero no está, señora,
»todo perdido.
»Yo le aconsejo
»que le anuncie en el *Diario*
»sin perder tiempo.»
Pues sería divertido
y bastante original:
—A Fulanita de Tal
se le ha perdido el marido;
á aquel que, sin dilación,
se lo devuelva á su dueña,
dará alguna que otra seña
y la gratificación.—
(Leyendo otra.)
«Compadezco su pena;
»mas, doña Julia,
»usted de lo que pasa
»tiene la culpa.
»Pues yo no opino
»que se dé tanta rienda
»á los maridos.
»De ver correr el suyo
»hoy se lamenta;
»si usted le dió las alas,
»quién le sujeta?
»En adelante
»tire usted de las riendas...»
(Tirando las cartas encima de la mesa.)
Hasta que salten!
Apenas puedo creer

lo que estoy viendo; á mi esposa,
no puede ser otra cosa,
la aconsejó Lucifer.
Poco me importan á fe
(Señalando las cartas.)
las punzantes chanzonetas
de unas solemnes coquetas
cuya altivez humillé!
Pero yo sufrir no puedo
con santa resignación
que todos, sin compasión,
me señalen con el dedo;
y que, al verme por ahí
el brazo dando á mi esposa,
con sonrisa maliciosa
le diga alguno: «Así, así,
»usted, señora, es muy cuerda,
»llévele usted agarrado,
»y, sobre todo, cuidado
»para que no se le pierda.»
Porque estas mujeres, sí,
que no tienen corazón,
no perderán la ocasión
para vengarse de mí.
Y esta aventura, añadida,
de boca en boca andará,
y á mi pesar lo sabrá
todo Madrid en seguida.
Conviene, pues, cuanto antes
evitar todo el ridículo,
que harto grande es ya el artículo
de maridos vergonzantes.
Es dura la providencia,
mas mi mujer lo ha querido...
que expíe, como es debido,
su malhadada imprudencia.
(Vase por la puerta de la izquierda, llevándose las cartas.)

ESCENA X

DOÑA ANGUSTIAS, JULIA, MATILDE, PEDRO.

ANGUST. Conque al fin volvieron todos?
PEDRO. Sí, señora; hace ya rato.

ANGUST. Y las cartas que me has dicho,
dónde están?
PEDRO. Las tiene el amo.
JULIA. Quizá ya las haya abierto!
Todo se perdió!
ANGUST. Al contrario.
JULIA. Pero si sabe que he escrito...
ANGUST. Tienes mucho adelantado.
JULIA. Qué es lo que está usted diciendo?
ANGUST. Tú habías tarde ó temprano
de decírselo; pues bien,
te ha evitado ese trabajo.
Dónde se fué el señorito? (A Pedro.)
PEDRO. Se habrá metido en su cuarto.
ANGUST. Eso es que de ti se oculta,
pues te teme.
JULIA. Sin embargo,
Ernesto podrá temerme,
mas yo, mamá, estoy temblando.
MATILDE. Y por qué?
ANGUST. No seas tonta,
mira que si no... Y don Cándido?
(A Pedro.)
PEDRO. Hace un instante en la sala
estaba leyendo el *Diario*.
Si quiere usted que le avise...
ANGUST. No, yo misma iré á buscarlo.
(Vase Pedro.)
Quiero encargarle que al punto
otra vez hable con Carlos.
El se hace el desentendido,
y, francamente, no estamos
para perder así el tiempo:
errar ó quitar el banco.
MATILDE. Qué buena es usted, mamá!
ANGUST. Tú, Julia mía, entretanto
con energía le sientas
á tu marido la mano;
pero levanta los ojos,
y háblale con desparpajo
y sin morderte la lengua,
pues si no, valiente caso
hará de ti.
JULIA. Pero yo...
ANGUST. Julia, Ernesto te ha faltado;
si le pasas la primera,
si no vengas el agravio,

y con rigor le castigas,
él se creerá autorizado
para faltarte otra vez,
y sin poder remediarlo
siempre serás tú la víctima,
él será siempre el tirano.

JULIA. No digo que no, mamá;
mas quisiera...

ANGUST. Te dejamos.

JULIA. No me atrevo...

ANGUST. Pues me gusta!
Julia, medita despacio,
que aun no está perdido todo,
que tu suerte está en tus manos:
ó esclava toda tu vida,
ó señora, escoge. Vamos.

ESCENA XI

JULIA

Esclava ó señora! Puedo
dudar quizá en la elección?
Mas no sé por qué razón
estoy temblando de miedo.

ESCENA XII

JULIA, ERNESTO, *con un pliego*.

ERNESTO. Señora!...

JULIA. Ernesto!

ERNESTO. (Valor!)
Me alegro ver á usté aquí,
porque es probable que así
me comprenda usted mejor.
Conozco que la he faltado,
y le pido mil perdones;
pero, por varias razones,

vivir no puedo á su lado.

JULIA. Estoy soñando! Qué es esto?

ERNESTO. Por este pliego verá
que á usted nada faltará,
pues orden he dado...

JULIA. Ernesto!!

ERNESTO. Es inútil la porfía.

JULIA. Tú vas á volverme loca!

ERNESTO. Existe razón muy poca
para hacer tal tontería.

JULIA. Oh! No me atormentes más!...

ERNESTO. Señora... no escucho nada.
Mi sentencia está dictada,
y no he de volverme atrás.

JULIA. (Con cruel resignación y tomando el pliego que le da Ernesto.)
Así usted lo quiere... sea.
(Dios mío, ten compasión!)
(Cayendo en una silla.)

ERNESTO. (Al marcharse viendo á doña Angustias por el fondo.)
(Oh! Mi suegra! Maldición!
No conviene que me vea!)
(Vase por la segunda puerta, derecha.)

ESCENA XIII

DOÑA ANGUSTIAS, JULIA

ANGUST. Jesús! Qué hombre tan zopenco!
Como un tronco se ha dormido
en la sala... Esto es atroz!
Mas, cielos! Qué es lo que miro!
(Viendo á Julia que llora.)
Por qué estás tan compungida?
Hablaste con tu marido?

JULIA. Sí, señora!

ANGUST. Bien y qué?

JULIA. Madre mía!

ANGUST. Qué le has dicho?

JULIA. Yo... nada...

ANGUST. Luego es decir
que tienes de adorno el pico?

JULIA. El hablar no me ha dejado...

ANGUST. Es claro, habrá conocido
su falta, y antes que tú
le dijeras lo más mínimo,
el infame se habrá puesto
hecho una furia contigo.
Es el plan que han adoptado
casi todos los maridos.
Pero no llores, querida;
el cielo te ha concedido
una madre, como hay pocas,
aunque me esté mal decirlo,
y todo se arreglará.

JULIA. Imposible!

ANGUST. Qué delirio!

JULIA. Abra usted, madre, ese pliego;
lea usted su contenido.

ANGUST. Me asustas!

JULIA. Para mi pena
en el mundo no hay alivio.

ANGUST. (Después de haber leído el pliego que le ha dado Julia.)
Conque una separación!

JULIA. A la que no me resigno.

ANGUST. Y tú qué piensas hacer?

JULIA. No lo sé.

ANGUST. Pues es preciso
resolverse.

JULIA. Yo no puedo
vivir sin Ernesto!

ANGUST. Opino
que ante la justicia debes
demandar á tu marido.

JULIA. Yo acusar á Ernesto!

ANGUST. Sí.

JULIA. Y qué con ello consigo?

ANGUST. Hacer que, cual se merece,
se castigue su delito.

JULIA. Mas podrán los tribunales
devolverme su cariño? (Con desesperación.)

ANGUST. Después hablaremos de eso.
Yo tengo varios amigos
en la curia, y nos dirán...

JULIA. Desista usted.

ANGUST. No desisto;
que sacrificar no debes
tu dignidad...

JULIA. Quién ha dicho?...
Para quien ama de veras

no existe tal sacrificio.

ANGUST. Mas ya ves que no lo entiende
de ese modo tu marido.

JULIA. Pero porque él obre mal,
yo no debo obrar lo mismo.

ANGUST. Estás loca! Voy á ver
si encuentro aquí algún indicio
que dé á conocer al menos
las razones que ha tenido...

JULIA. Yo las ignoro.

ANGUST. (Leyendo el pliego.) Aquí veo...

JULIA. Qué, mamá? (Con afán.)

ANGUST. Vaya un motivo!

JULIA. Por qué Ernesto me abandona?

ANGUST. Porque dice que en ridículo
le han puesto ya para siempre
esas cartas que has escrito.

JULIA. El corazón me anunciaba
que nunca debí...

ANGUST. Pues digo,
que tampoco lo ha tomado
poco fuerte el señorito.

JULIA. Qué habrán dicho esas mujeres!
De pensarlo me horrorizo!

ANGUST. Aquí tienes las respuestas
que interceptó tu marido.
(Sacando unas cartas del pliego.)

JULIA. Deme usted pronto esas cartas...
Quiero ver...

ANGUST. Toma.

JULIA. (Después de haberlas examinado.)
Dios mío!

ANGUST. Pueden de pruebas servir?...

JULIA. Usted, madre, me ha perdido!

ANGUST. Y por qué?

JULIA. Perdón, Ernesto!

ANGUST. (Sin dejar de examinar el pliego.)
Aquí veo un requisito
que atenúa en gran manera
las circunstancias; de fijo
que esta acción me reconcilia
en parte con tu marido.

JULIA. Y cuál es?

ANGUST. Para alimentos
la posesión te ha cedido
que tiene en Ronda. Muy bien.

JULIA. Y qué me importa?

ANGUST. Qué miro!
«Apelo á ti misma, Julia; (Leyendo.)
«cómo en paz vivir contigo,
»si hasta el comer, para ti,
»es un enorme delito?
»Mientras dudabas, ingrata,
»de mi constante cariño,
»estaba almorzando yo
»en la fonda muy pacífico
»con Carlos y con tu padre!»...
Con Cándido! Es inaudito!
Mi esposo almorzar! No! Cómo
se ha de haber él permitido?...
Tu marido, es claro, habrá
intentado pervertírmelo;
mas conmigo no se juega:
yo haré que despierte listo,
y, si es verdad que ha almorzado,
que encomiende bien su espíritu!

ESCENA XIV

JULIA. *Después* ERNESTO

JULIA. Ay! Si Ernesto me escuchara!...
De mi pena enternecido,
perdonaría mi error
y mi insensato extravío.
Abandonada... sin él!
Será mi vida un martirio!
Dónde encontrar ya la dicha
que para siempre he perdido!...
ERNESTO. En mis brazos, Julia mía.
JULIA. Ernesto!
ERNESTO. Todo lo he oído!
JULIA. Será cierto! Me perdonas?
ERNESTO. Puedes dudarlo, bien mío?
JULIA. Gracias.
ERNESTO. Si así no lo hiciese,
de tu amor sería indigno.
Tú me ofendiste, es verdad,
pero la culpa ha tenido...
el demonio.

JULIA. No, mi madre...
ERNESTO. Bueno; para mí es lo mismo.
De todos modos conviene
que á ambos nos sirva de aviso
lo que ha pasado.
JULIA. Sí, sí.
Verás en lo sucesivo
cómo la paz no se altera
y qué dichosos vivimos.
ERNESTO. De eso yo me encargo, Julia;
pero tomar es preciso
algunas resoluciones
si queremos conseguirlo.
Por ejemplo, convendría...
Puedo yo contar contigo?
Aprobarás lo que hiciere?...
JULIA. Nuestra dicha es lo que ansío.
CÁNDIDO. Déjame estar! (Dentro.)
ANGUST. Que no quiero! (Idem.)
ERNESTO. Tu madre llega.
JULIA. Qué gritos!
ERNESTO. Vén y siéntate á mi lado.
(Se sienta, y Julia á su lado. Ernesto se entretiene rompiendo el pliego.)
CÁNDIDO. Estoy hecho un basilisco! (Saliendo.)

ESCENA XV

Dichos.—DOÑA ANGUSTIAS, MATILDE, DON CÁNDIDO

MATILDE. Pero papá...
CÁNDIDO. Nada escucho.
Y mirad que si me irrito!...
ANGUST. Salió lo que yo temía! (Sin ver á Ernesto.)
Ernesto le ha pervertido.
ERNESTO. Qué dice usted!
ANGUST. Él aquí...
(No entiendo este laberinto!)
ERNESTO. Usted se extraña, señora,
de hallarme aquí, por lo visto.
ANGUST. Francamente, me sorprende...
ERNESTO. Pues yo le diré el motivo.
MATILDE. (Pero dónde estará Carlos?)

ERNESTO. Fuí criminal...
ANGUST. Buen principio!
ERNESTO. Mas, aunque tarde, señora,
mi pecado he conocido.
CÁNDIDO. Mal hecho!
ERNESTO. Qué sabe usted?
CÁNDIDO. Muy mal hecho, te repito!
ANGUST. Quieres callar?...
CÁNDIDO. No, señora!
JULIA. Por Dios, padre.
CÁNDIDO. Que no, digo.
Los maridos nunca deben
reconocer sus delitos.
ERNESTO. Pues, qué quiere usted, don Cándido,
yo he reconocido el mío...
Y no me pesa... es verdad
que á hacerlo me han decidido
la discreción de mi esposa,
su bondad y su cariño.
ANGUST. Pues cómo! Lo ha perdonado?
ERNESTO. Me vió Julia tan contrito...
que me dió su absolución
sin imponerme en castigo
la más corta penitencia.
ANGUST. Poco escrupuloso ha sido
el confesor.
ERNESTO. Fué muy justo.
ANGUST. Pues entonces, el delito
sería leve.
ERNESTO. No, grave,
y en grado superlativo.
Figúrese usted, señora,
que yo había consentido
desde que casé con Julia
que usted, sin pizca de juicio,
viniera á arreglar mi casa.
ANGUST. Qué escucho! Caballerito!
CÁNDIDO. Es un pecado mortal.
ERNESTO. Del que estoy arrepentido.
ANGUST. Ernesto! Qué mal me tratas! (Llorando.)
ERNESTO. Y yo, lo siento muchísimo,
pero reincidir no pienso:
téngalo usted entendido.
CÁNDIDO. Hombre, apiádate de mí: (A Ernesto.)
concédela un desahoguillo,
pues, si no, va á descargar
toda su rabia conmigo.

ERNESTO. Evítelo usted.
CÁNDIDO. Por Dios!
MATILDE. Tú no puedes consentirlo. (A Julia.)
JULIA. A mí obedecer me toca.
ANGUST. Oh! Qué ingratos son los hijos!
MATILDE. Si yo estuviera en tu caso!...
JULIA. Hermana, harías lo mismo.
ERNESTO. Tú eres muy niña, Matilde.
MATILDE. Yo, niña! (Ofendida.)
ERNESTO. Sí...
MATILDE. Habráse visto!...
ANGUST. Ven á mis brazos, querida. (A Matilde.)
En ti pondré mi cariño...
JULIA. Madre...
ANGUST. Y tú darás, buen Cándido,
á mis pesares alivio.
CÁNDIDO. Pues estás fresca! Comprendo
la intención con que lo has dicho.
Mas sabe que en adelante
no pienso hacer ya el... marido.
Quiero ser un cancerbero,
una hiena... un cocodrilo...
un león... cualquier animal
menos el oso, que es bicho
que me tiene disgustado
por el tiempo que lo he sido.
ANGUST. Lo que es eso, lo veremos.
MATILDE. Ay! Aquí viene Carlitos.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos.—CARLOS, *con unos papeles debajo del brazo.*

ANGUST. No perderé la ocasión. (A Matilde.)
CARLOS. Señores... (Saludando.)
MATILDE. Muy bien, mamá.
CARLOS. (Según los semblantes, ya
tuvo lugar la función.
Haber venido me pesa.)
CÁNDIDO. Carlos, usté es muy cumplido.
CARLOS. No, señor; sólo he querido
no faltar á mi promesa.

CÁNDIDO. Gracias, pues, por la visita.
Pero, qué lleva usté ahí?
(Señalando los papeles.)
CARLOS. La comedia. (Con tristeza.)
JULIA. Es cierto?
CARLOS. Sí.
CÁNDIDO. A ver... Está bien escrita.
(Después de haberla hojeado rápidamente.)
CARLOS. Esa misma es la opinión
del empresario, y cuidado
que es severo.
ERNESTO. Y la ha aprobado?
CARLOS. Previa alguna corrección.
Es un ente original...
Dice que el acto tercero
debía ser más ligero...
que el argumento es trivial;
que es un crimen no haya boda
al final.
ANGUST. Tiene razón...
Cómo bajar el telón?...
CARLOS. Ya el casarse no es de moda.
El dice que la obra es buena...
y yo, francamente, Ernesto...
ERNESTO. Y qué título le has puesto?
CARLOS. *Libertad en la cadena.*
ERNESTO. Es pulla?...
CARLOS. Puedes dudar?...
Pero conozco que estoy
incomodando: me voy;
ustedes tendrán que hablar.
JULIA. Nunca incomoda usté aquí.
ANGUST. Y hoy menos que ningún día,
pues mi marido tenía
que decir á usted...
CÁNDIDO. Yo!
ANGUST. Sí!
CÁNDIDO. Cállate, ó ¡voto al demonio!
(A doña Angustias.)
CARLOS. Entéreme usted, señora.
Pero ya caigo!...
MATILDE. (Me adora!...)
CARLOS. Es cosa de...
ANGUST. Matrimonio.
CÁNDIDO. (Vamos, si es muda revienta!)
ERNESTO. (Qué imprudente!)
CARLOS. (Yo... marido!)

ANGUST. La verdad, he conocido
que Matilde se impacienta.
CARLOS. Sí; mas yo estoy ocupado,
y por mis muchos quehaceres
faltaría á los deberes
que tiene un hombre casado.
ANGUST. Pero no es una razón...
CARLOS. Es razón que me retrae...
El que se casa contrae
una grave ocupación.
Yo lo siento...
MATILDE. (Oh! Suerte fiera!)
CARLOS. Me es imposible aceptar...
MATILDE. Es decir que voy á estar
toda mi vida soltera!
JULIA. Mujer, te apuras por nada.
Ten más calma, que después
pronto encontrarás...
MATILDE. Eso es!
Tú, como ya estás casada!
ANGUST. La culpa es de mi marido!
CÁNDIDO. La culpa la tienes tú!!
ANGUST. Mientes!!!
CÁNDIDO. (Cogiendo una silla y amenazando á doña Angustias, que da un grito aterrorizada.)
Voto á Belcebú!!!!
Qué tal, eh? La he convencido!
(A Ernesto.)
ERNESTO. Haya paz.
CARLOS. Eh! Qué demonio!
Cesen tantos sinsabores;
si no me caso, señores,
la culpa es del matrimonio.
Para estar con mi mitad
en una riña constante,
no quiero... soy muy amante
de la calma y libertad.
JULIA. Tiene usted mala opinión
del matrimonio formada.
CARLOS. Sin embargo, es muy fundada.
ERNESTO. La fundas en la excepción.
CARLOS. Permite que no lo crea.
ERNESTO. Sí? Pues mira: mi mujer
te va pronto á convencer.
CARLOS. Pues así que yo lo vea,
aunque es muy terrible el paso,
te juro, por vida mía,

que corro á la vicaría;
que me convierto, y me caso.

ERNESTO. Pues ella me ha prometido...
(Mirando á doña Angustias.)

ANGUST. (Esto lo dice por mí.)
Vámonos presto de aquí.
(A don Cándido.)

CÁNDIDO. No quiero! Estoy ofendido,
y aunque tu cólera chille,
probar á Carlos intento
que ya desde hoy no consiento
que mi cónyuge me humille.
Y no te canses jamás;
pues tu soberbia ha humillado
la osadía que he encontrado
para no sufrirte más.

ERNESTO. Y qué de la sociedad,
(A don Cándido reconviniéndole.)
contésteme usted, sería,
si adquiriese esa osadía
perdiendo la dignidad?
Consulte usted la experiencia:
la dicha sólo se alcanza
con buena fe... confianza,
y muchísima indulgencia.
Este medio es muy seguro.

ANGUST. Eso es hablar por hablar.

ERNESTO. La dicha así he de buscar.

JULIA. Y la encontrarás, lo juro.

ERNESTO. Tú, hermana mía... (A Matilde.)

MATILDE. (Qué tonto!)

ERNESTO. Por tu bien, enjuga el llanto,
y no lo desees tanto,
si quieres casarte pronto.
Madre, usted... (A doña Angustias.)

ANGUST. No he menester
que me advierta usted ya nada,
porque estoy bien enterada
de lo que tengo que hacer.

CARLOS. Ya despachados van cuatro.
Qué me dices, pues, á mí?
vamos á ver...

ERNESTO. Hombre, á ti...
que escribas para el teatro.
Que estudies, pero con fe.
Que tengas siempre presente
que el público es indulgente;

y que gran placer tendré
si, al verla puesta en escena,
acoge con compasión
tu primera producción
Libertad en la cadena.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO

EN TRES ACTOS

Libertad en la cadena.
El sol de invierno.
El peor enemigo.
Cuestión de trámites.
Ana (1).
¡Cómo ha de ser!
Hoy.
Los flacos.
La feria de las mujeres.
La mujer compuesta...
El manicomio modelo.
Receta matrimonial.
La gran jugada.
A pesca de marido.
Figuras de cera.
¿Se puede?...
Los conocimientos.

EN DOS ACTOS

El gato negro.

EN UN ACTO

Consecuencias de un bofetón.
El dote de María.
Una tarde aprovechada (2).
La pava trufada.
Adán y Eva.
¡Sin padre!
La fiesta en paz.
El fondo del espejo.

---

(1) En colaboración con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.
(2) En colaboración con D. Fernando Martín Redondo.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO

EN TRES ACTOS

Libertad en la cadena.
El sol de invierno.
El peor enemigo.
Cuestión de trámites.
Ana (1).
¡Cómo ha de ser!
Hoy.
Los flacos.
La feria de las mujeres.
La mujer compuesta...
El manicomio modelo.
Receta matrimonial.
La gran jugada.
A pesca de marido.
Figuras de cera.
¿Se puede?...
Los conocimientos.

EN DOS ACTOS

El gato negro.

EN UN ACTO

Consecuencias de un bofetón.
El dote de María.
Una tarde aprovechada (2).
La pava trufada.
Adán y Eva.
¡Sin padre!
La fiesta en paz.
El fondo del espejo.

---

(1) En colaboración con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.

(2) En colaboración con D. Fernando Martín Redondo.